CANTATA 140

PHILIP K. DICK

La joven pareja —de cabellos negros, piel oscura, probablemente mexicanos o portorriqueños— permanecía de pie, presa de nerviosismo, junto al mostrador de Herb Lackmore y el muchacho, el marido, decía en voz baja:

—Señor, queremos que nos ponga a dormir. Queremos transformarnos en bibs.

Dejando su escritorio, Lackmore caminó hasta el mostrador, y aunque no le gustaban los Cols (parecía que cada mes llegaban más a la sucursal del Ministerio de Bienestar Social Especial, en Oakland), dijo con un tono de voz como para tranquilizar a ambos:

—¿Lo habéis pensado bien, muchachos? Es una decisión importante. Podríais quedar fuera de acción cerca de doscientos años. ¿Habéis consultado al menos a algún consejero profesional?

El muchacho, mirándola a ella, tragó saliva y murmuró:

—No, señor. Lo hemos decidido entre mi esposa y yo. Ninguno de nosotros puede encontrar trabajo y en cualquier momento nos desalojarán del dormitorio. Ni siquiera tenemos vehículo, y sin un vehículo no se puede hacer nada. No se puede ir a ninguna parte. No se puede ni buscar trabajo.

Lackmore pudo apreciar que no se trataba de un joven mal parecido. Debía de tener unos dieciocho años, y todavía usaba chaqueta y pantalones evidentemente militares. La joven tenía el cabello largo; era muy pequeña, de ojos negros y brillantes y rostro de rasgos delicados, casi de muñeca. No dejaba de mirar a su marido.

—Voy a tener un hijo—dijo abruptamente.

—¡Oh, al diablo con vosotros dos! —exclamó Lackmore, enfadado—. ¡Salid de aquí al instante!

Bajando culpablemente las cabezas, el muchacho y su mujer se volvieron para regresar a la céntrica calle de Oakland, California, muy transitada desde las primeras horas de la mañana.

—¡Id a ver a un especialista!—les gritó Lackmore, pese a que le irritaba darles el consejo. Le molestaba tener que ayudarles, pero alguien tenía que hacerlo. ¡En qué aprieto se habían metido! Porque, sin duda, vivían en una pensión militar del Gobierno y era obvio que, si la muchacha estaba encinta, los echarían de allí sin más dilación.

Tirando de la manga de su arrugada chaqueta en un gesto de duda, el joven Col preguntó:

—Señor, ¿cómo hacemos para encontrar a un especialista?

Era la ignorancia típica de los estratos sociales de piel oscura, no obstante las interminables campañas educacionales del Gobierno. No era de extrañar que sus mujeres quedaran preñadas.

—Consultad el listín telefónico —contestó Lackmore—. En la sección abortos, terapéutica... O si no, en consejeros. ¿Habéis entendido?

—Sí, señor. Gracias—asintió rápidamente el muchacho.

—¿Sabes leer?

—Sí. He ido a la escuela hasta los trece años.

En el rostro del joven se notaba un orgullo fiero; sus negros ojos resplandecían.

Lackmore volvió a leer su periódico; no tenia más tiempo para regalar. No cabía duda de que querían convertirse en bibs— Que se les mantuviera en conserva, inalterables, en un almacén del Estado, año tras año hasta que... ¿Mejoraría alguna vez el mercado de trabajo? Personalmente, Lackmore lo dudaba, y hacía tiempo que andaba en aquellas lides; tenía noventa y cinco años: era un veterano. En sus buenos años había puesto a dormir a cientos de personas, casi todas ellas jóvenes como aquella pareja.

Y... morenos.

La puerta de la oficina se cerró. La pareja se había ido tan silenciosamente como llegó.

—Suspirando, Lackmore comenzó a leer de nuevo el artículo sobre el divorcio de Lurton D. Sands hijo, el suceso más sensacional del momento; como de costumbre, leía ávidamente cada palabra.

Para Darius Pethel, el día había comenzado con llamadas videofónicas de airados clientes que se quejaban de que no les compusiera sus transcursores instantáneos. Les respondía de manera tranquilizadora, diciendo que en cualquier momento recibirían la visita de un técnico, y, a la vez, esperaba que Erickson hubiera comenzado ya su trabajo en la sección de reparaciones de Transcursores Instantáneos Pethel, Ventas y Reparaciones.

Apenas se desvaneció su imagen del videófono Pethel buscó entre los papeles de su escritorio el ejemplar del día del Informe Nacional de Negocios; estaba al tanto de todo el desarrollo económico del planeta. Esto sólo bastaba para situarlo por encima de sus empleados; esto, su fortuna y su avanzada edad.

—¿Qué dice el Informe?—preguntó su vendedor, Stu Hadley; había hecho una pausa en sus actividades y estaba de pie en la entrada de su oficina, con una escoba magnética en la mano.

Pethel leyó en silencio el mayor de los titulares:

LAS VENTAJAS DE UN PRESIDENTE NEGRO PARA LA ECONOMIA COMUNITARIA DE LA NACION.

Abajo había una fotografía tridimensional y móvil de James Briskin. Pethel oprimió el botón que se encontraba en uno de los bordes del retrato y la imagen cobró vida; el candidato Briskin sonrió. Los labios del negro se movieron bajo el oscuro bigote y sobre su cabeza apareció un globo, en el que se leían sus palabras:

"Mí primera tarea será encontrar una colocación adecuada para los numerosos millones de durmientes."

—Y descargar hasta el último bib otra vez en la bolsa de trabajo—murmuró Pethel, soltando el botón que accionaba las palabras—. Si triunfa este tío, el país caerá en la ruina.

Pero era inevitable. Tarde o temprano habría un Presidente negro, después de todo desde los sucesos de 1993 había más Cols que Caúcs.

Abatido por este pensamiento, pasó a la segunda página, en busca de novedades sobre el escándalo de Lurton Sands; siendo tan funestas las noticias políticas, tal vez esto le alegrara. El famoso cirujano de trasplantes estaba metido en un complicado juicio de divorcio con su igualmente famosa esposa Myra. De ambos lados se hacían cargos y ya habían comenzado a filtrarse jugosos detalles. Según los periódicos, el doctor Sands tenía una amante; por este motivo, Myra había iniciado la querella, y con derecho. Pethel pensaba, recordando las décadas finales del siglo XX, que ya no era como en los días de antaño. Ahora corría el año 2080, pero la moral pública y privada había empeorado.

Se preguntaba por qué querría el doctor Sands una amante, cuando todos los días pasaba por allí el satélite Salón de los placeres. Decían que se podía elegir entre quinientas muchachas.

El mismo no había visitado nunca el satélite de Thisbe Olt. Como muchos veteranos, no estaba de acuerdo con él; era una solución demasiado radical para el problema de la superpoblación. En el 76 los ancianos se habían opuesto a través de cartas y telegramas a que el Congreso autorizara su creación, pero de todos modos la ley se había impuesto; probablemente, según creía Pethel, porque la mayoría de los senadores pensaba frecuentarlo. De hecho, ahora lo hacían con regularidad.

—Si todos los blancos nos muriésemos... comenzó a decir Hadley.

—Escucha—dijo Pethel—. Ya hemos perdido esa oportunidad. Si Briskin consigue que los bibs se pongan de su lado, aumentará su poder; en cuanto a mí, no puedo dormir pensando en toda esa gente, en su mayoría muchachos, echados en los almacenes del Gobierno año tras año. Fíjate en el talento que se desperdicia. ¡Es... burocrático! Sólo un recalcitrante gobierno socialista hubiera soñado con esa solución.

Mirando con severidad al vendedor, le dijo:

—Si no hubieras conseguido este empleo conmigo, hasta tú podrías...

Hadley le interrumpió tranquilamente:

—Pero yo soy blanco.

Pethel continuó leyendo y vio que el satélite Thisbe Olt había rendido mil millones de dólares americanos en 2079. "Caramba—se dijo—; es un gran negocio." Ante él había una foto de Thisbe; con su cabello blanco cadmio y sus pechos cónicos, un poquito altos, su aspecto era un deleite estético. La lámina la mostraba convidando a sus clientes del satélite con un cóctel de tequila, aunque debía de tratarse de algún otro estimulante, ya que el tequila, por derivar de la planta del mescal, había sido declarado ilegal en la decorosa Tierra.

Pethel oprimió el botón de la lámina y acto seguido los ojos de Thisbe resplandecieron, su cabeza se volvió, y sobre su cabeza apareció otro globo con la siguiente leyenda:

Señor ejecutivo norteamericano, ¿tiene usted molestas urgencias personales? Siga el consejo de los médicos: ¡Venga al Salón!

Pethel pensó que aquello era un anuncio, no una noticia.

—Disculpe.

Había entrado un cliente y Hadley había ido a su encuentro.

"¡Dios mío!—se dijo Darius Pethel al reconocer al cliente—. ¿No habíamos reparado ya su transcursor?"

—Se puso de pie, comprendiendo que sería necesaria su presencia para apaciguar a aquel hombre —era Lurton Sands—, que, debido a sus recientes problemas hogareños, se había vuelto últimamente regañón y malhumorado.

—Sí, doctor —dijo Pethel—. ¿Qué puedo hacer hoy por usted?

Como si no lo supiera. El doctor Sands tenía suficientes problemas con tratar de desembarazarse de Myra y procurar que su amante no le dejara; necesitaba en verdad su transcursor instantáneo en buen

estado. A diferencia de los otros clientes, sería difícil quitarse de encima a aquel hombre.

Tirando de su frondoso bigote en un acto inconsciente, el candidato presidencial Briskin dijo:

—Estamos en un círculo vicioso, Sal. Debería despedirte. Tratas de hacerme comprender el asunto de los Cols, cuando sabes muy bien que he pasado veinte años adulando a toda la estructura del poder blanco. Con franqueza, creo que tendríamos mejor suerte si intentáramos conseguir el voto de los blancos y no el de los negros. Sé cómo apelar a ellos; me he acostumbrado a hacerlo.

—Estás equivocado—arguyó Salisbury Heim, asesor de su campaña política—. Escucha esto y trata de entenderlo, Jim. Tú debes apelar al joven moreno y a su mujer, mortalmente asustados de que su única perspectiva sea concluir como bibs en algún almacén del Gobierno. "Encerrados en una botella", como ellos dicen. Esta gente ve en ti a...

—Pero yo me siento culpable.

—¿Por qué?—preguntó Sal Heim.

—Porque soy un embustero. No puedo clausurar los almacenes del Ministerio de Bienestar Social Especial— tú lo sabes. Me has hecho prometerlo y desde ese momento no he cesado de devanarme los sesos pensando cómo podría hacerlo. Pero no encuentro modo alguno.

Echó una ojeada a su reloj de pulsera; disponía aún de un cuarto de hora antes de su discurso.

—¿Has leído el discurso que me escribió Phil Danville?—preguntó, metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Danville! —exclamó Heim, con el rostro convulso—. Creí que ya te habías librado de él. Dame eso.

Cogió las hojas dobladas y comenzó a leerlas.

—Danville es un imbécil. Mira —dijo, mientras agitaba la primera hoja frente a los ojos de Jim Briskin—. De acuerdo con esto vas a prohibir el tráfico desde los Estados Unidos hasta el satélite Thisbe. ¡Eso es una locura! Si el Salón de los Placeres se cierra, la tasa de nacimientos volverá a crecer hasta donde estaba. Y entonces, ¿qué? ¿Cómo se las ingeniará Danville para contrarrestar este efecto?

Después de una pausa, Briskin comentó:

—El Salón de los Placeres es inmoral.

—Seguro —farfulló Heim—. Y los animales deberían llevar pantalones.

—Tiene que haber una solución mejor que ese satélite.

Heim permaneció en silencio y continuó leyendo el discurso.

—Te hace defender esa anticuada técnica de recreación planetaria de Bruno Mini, totalmente desacreditada—observó, mientras doblaba los papeles y se los devolvía a Jim Briskin—. ¿Adónde quieres llegar? Apoyas un esquema de colonización planetaria ensayado y desechado hace veinte años; defiendes la clausura del Salón de los Placeres... A partir dé esta noche vas a ser muy popular, Jim. Pero, ¿popular entre quiénes, si se puede saber? Tan sólo contéstame esto: ¿a quién te diriges con este discurso?

Hubo un silencio.

—¿Sabes qué pienso? —insistió al poco rato—. Que ésta es una elaborada estratagema tuya para desligarte de la cuestión. Para mandar al diablo todo este asunto. Es tu modo de eludir responsabilidades. Te vi hacer lo mismo en la Convención, con aquel discurso apocalíptico que pronunciaste y que dejó a todos desconcertados, con una curiosidad morbosa. Pero, por fortuna, ya habías sido designado. Era demasiado tarde para que la Convención te repudiara.

Briskin se explicó:

—En ese discurso expresé mis convicciones reales.

—¿Qué, que la civilización está condenada a causa de la superpoblación? ¡Buenas convicciones para el Primer Presidente Col!

Heim se incorporó y fue hasta la ventana; se quedó mirando hacia el centro de Philadelphia: los helicópteros a reacción que aterrizaban, los torrentes de autobuses y las rampas por donde los peatones iban y venían, entrando y saliendo de los rascacielos.

—A veces—dijo Heim en voz alta—, parece que creas que la civilización está condenada porque ha aceptado un candidato negro, que posiblemente resulte electo; creer eso, en cierta forma, es denigrarte.

—No—respondió Briskin tranquilamente.

Su largo rostro se mantuvo inmóvil.

—Te diré qué debes decir en tu discurso de esta noche—declaró Heim, de espaldas a Briskin—. Primero hablas una vez más de tu relación con Frank Woodbine, puesto que a la gente siempre le atraen los exploradores del espacio. Woodbine es un héroe, mucho más que tú o el otro, como se llame. Ya sabes a quién me refiero; a tu adversario, el candidato de los demócratas-conservadores.

—William Schwarz.

Heim asintió exageradamente.

—Sí, eso es. Y después de que hayas fanfarroneado con lo de Woodbine y hayamos mostrado algunas tomas en las que estéis tú y él juntos en varios planetas, haces una broma sobre el doctor Sands.

—No—se opuso Briskin.

—¿Por qué no? ¿Acaso Sands es una vaca sagrada? ¿No puedes meterte con él?

Jim Briskin replicó lenta y concienzudamente:

—Porque Sands es un gran médico y los medios de información no tienen por qué ridiculizarlo como lo hacen.

—Claro, él debe de haber salvado la vida de tu hermano. Debe de haber encontrado un nuevo tipo de bazo en el momento preciso. O tal vez haya salvado a tu madre justo cuando...

—Sands ha rescatado a cientos, miles de vidas. Incluso de Cols. Tanto si podían pagarle como si no.

Briskin calló un instante y luego agregó:

—Además, he conocido a su esposa Myra y no me ha gustado. Años atrás fui a verla.

—¡Bien!—interrumpió Heim con violencia—. Podemos usar eso en tu favor... Estando Nonovulid al alcance de cualquiera; eso demuestra que eres un tipo previsor, Jim. Usas la cabeza.

Golpeaba su frente mientras lo decía.

—Ahora me quedan cinco minutos —comentó Briskin mecánicamente.

Espió las páginas del discurso de Phil Danville y las devolvió al bolsillo interior de su chaqueta. A pesar de que el tiempo era aún caluroso, usaba un convencional traje oscuro. Eso y una resplandeciente peluca roja habían sido sus rasgos distintivos desde los días en que era locutor de noticiarios de televisión.

—Pronuncia ese discurso—opinó Heim—, y habrás muerto para la política. Pero si...

Se interrumpió. La puerta de la oficina se había abierto y su esposa Patricia había aparecido en ella. —Disculpa que te interrumpa—dijo, pero desde fuera se oyen perfectamente tus alaridos.

Heim echó entonces un vistazo al gran salón, atestado de adolescentes briskinistas: voluntarias uniformadas, que habían venido de todo el país para colaborar en la elección del candidato republicano—liberal.

—Lo siento—murmuró Heim.

Pat entró en el despacho y cerró la puerta tras ella.

—Creo que Jim tiene razón, Sal—observó.

Era pequeña y de cuerpo gracioso; en otra época había sido bailarina. Tomó asiento y encendió un cigarrillo.

—Cuanto más ingenuo, mejor parece Jim—manifestó, dejando escapar el humo gris por entre sus labios pálidos y luminosos—. Aún llevas a cuestas cierta reputación de cínico cuando, por el contrario, deberías ser otro Wendell Wilkie.

—Wilkie perdió las elecciones—señaló Heim.

—Y Jim también podría perderlas —dijo Pat, apartando de sus ojos un largo mechón de cabellos—. Pero si pierde podrá volver a presentarse y ganar la próxima vez. Para él lo importante es aparecer inocente y sensible, como una persona dulce que carga sobre sus hombros todo el sufrimiento del mundo, porque ésa es su forma de ser. No puede evitarlo; tiene que sufrir. ¿Te das cuenta?

—No sois más que aficionados—gruñó Heim.

Los segundos pasaban y las cámaras de televisión estaban listas para empezar; Jim Briskin podía disponer del tiempo necesario para su discurso. Se sentó ante el pequeño escritorio que utilizaba cada vez que se dirigía al público. Frente a él, cerca de su mano, yacía el texto de Phil Danville. Todavía no había resuelto qué haría con él y meditaba en su sillón, mientras los técnicos se preparaban para la grabación.

El discurso seria radiado a la estación retransmisora del satélite del partido republicano—liberal y desde allí se difundiría repetidamente hasta alcanzar el punto de saturación necesario. Era probable que los intentos de interferencia de los demócratas—conservadores fallaran, ya que la fuerza de recepción del satélite RL era enorme. El mensaje se llevaría a cabo a pesar del Acta de Tompkin, que autorizaba la interceptación de material político. Y simultáneamente se podría

interferir el discurso de Schwarz; su emisión estaba programada para la misma hora.

Frente a Jim se hallaba sentada Patricia Heim, sumergida en una nube de nervios e introspección. Y en la cabina de control, Briskin pudo divisar a Sal, ocupado con los ingenieros de TV, cerciorándose de que la imagen fuera atractiva.

Por último, apartado por su propia voluntad en, un rincón, estaba Phil Danville. Nadie hablaba con Danville; los señores del partido, que entraban y salían del estudio, ignoraban astutamente su presencia.

Un técnico hizo una seña a Jim. Era tiempo de empezar el discurso.

—Le ha hecho popular en estos días—dijo Jim Briskin ante las cámaras de TV—mofarse de los viejos sueños y esquemas para la colonización planetaria. ¿Cómo puede ser tan insensata la gente? Tratando de vivir en un medio ambiente del todo inhumano..., en mundos jamás proyectados para el Homo Sapiens. Es curioso ver cómo han tratado de alterar durante décadas este entorno hostil, procurando satisfacer las necesidades humanas... y han fracasado.

Hablaba lentamente, casi arrastrando las palabras; se tomaba su tiempo. Gozaba de la atención de toda la nación y se disponía a hacer buen uso de ella.

—Así, ahora estamos a la búsqueda de un planeta ya hecho, otro Venus, o con más exactitud, lo que Venus nunca fue específicamente. Lo que nosotros esperábamos que fuera: lozano, pródigo, sencillo y productivo; Jardín del Edén esperando que fuéramos a descubrirlo.

Patricia, en una actitud reflexiva, fumaba su selecto cigarro "El Producto", sin apartar su mirada de él.

—Bien—dijo Briskin—, nunca lo encontraremos. Y si lo encontráramos, sería demasiado tarde. Demasiado pequeño, demasiado lejano. Si queremos otro Venus, otro planeta que podamos colonizar, tendremos que construirlo nosotros mismos. Podemos reírnos de Bruno Mini hasta la muerte, pero el hecho es que él tenía razón.

Desde la cabina de control y presa de una densa angustia, Sal Heim tenía clavados los ojos en él. Lo había hecho. Había ratificado el abandonado proyecto de Mini de recrear la ecología de otro mundo. La locura reaparecería.

La cámara se apagó. Volviendo la cabeza, Jim Briskin vio la expresión que había en el rostro de Sal Heim. Le habían interrumpido desde la sala de control; Sal había dado la orden.

—¿No vas a dejarme terminar?—preguntó Jim

La voz de Sal tronó, amplificada:

—¡No, maldita sea! ¡No!

Poniéndose de pie, Pat le ordenó:

—Tienes que dejarle. El es el candidato. Si quiere hundirse, déjale.

También de pie, Danville exclamó roncamente:

—Si vuelves a interrumpirle, lo difundiré públicamente. Diré que le manejas como a un títere.

Y acto seguido se encaminó hacia la puerta del estudio, decidido a irse. Era evidente que pensaba cumplir lo que había dicho.

Jim Briskin dijo:

—Es mejor que enciendas todo otra vez, Sal. Ellos tienen razón; debes dejarme hablar.

No estaba enojado; sólo impaciente. Su deseo era continuar, nada más.

—Vamos, Sal—agrego con calma—. Estoy esperando.

Sal Heim y una camarilla del partido conferenciaban en la cabina de control.

—Va a ceder—comentó Pat a Jim—. Le conozco.

No había expresión alguna en su rostro; ella estaba molesta por la situación, pero se había propuesto sobrellevarla.

—Tienes razón —convino Jim.

—¿Verás luego la repetición del discurso, Jim? —preguntó Pat—. Por consideración a Sal, ¿sabes? Para estar seguro de que lo que has dicho era lo que te proponías.

—Desde luego—aseguró Jim—. De todos modos había pensado hacerlo.

La voz de Sal Heim bramó desde el altavoz de una pared:

—¡Maldito sea tu negro pellejo Col, Jim!

Briskin esperó en su escritorio, con los brazos cruzados y una sonrisa burlona en los labios.

Después del discurso, la secretaria de Prensa Dorothy Gill detuvo a Jim Briskin en el pasillo, diciéndole:

—Señor Briskin, ayer me pidió usted que averiguara si Bruno Mini vivía aún. Y, en cierto modo, está vivo.

La joven examinó sus anotaciones y prosiguió:

—Ahora trabaja como vendedor para una compañía de frutos secos en Sacramento, California. Es evidente que ha dejado su carrera de recreación, pero posiblemente su discurso le haga volver a ella.

—No lo creo—dijo Briskin—. A Mini puede disgustarle que un Col recoja sus ideas y las difunda.

—Gracias, Dorothy.

A su lado, Sal Heim meneó la cabeza y declaró:

—Jim, no tienes el más mínimo instinto político.

Encogiéndose de hombros, Jim Briskin repuso:

—Es posible que tengas razón.

Ese era su estado de ánimo ahora; se sentía pasivo y deprimido. De todos modos el daño estaba hecho. El discurso había sido grabado y ya estaban transmitiéndolo al satélite RL. La revisión que había hecho de él era, en el mejor de los casos, superficial.

—He oído lo que dijo Dorothy—comentó Sal—. Es decir, que tendremos a ese Mini por aquí; habrá que lidiar con él en medio de todos nuestros Problemas. De todas maneras, ¿qué tal te vendría un trago?

—Aceptado—dijo Jim Briskin—. Donde tú quieras. Indica el camino.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó Patricia, apareciendo junto a su esposo.

—Seguro—repuso Sal, mientras la rodeaba con un brazo y la estrechaba contra sí—. Una copa bien grande, alta y llena de burbujillas caprichosas y refrescantes que duran todo el trago: como les gusta a las mujeres.

Cuando salieron a la calle, Jim Briskin vio a dos manifestantes que llevaban pancartas.

MANTENGA BLANCA LA CASA BLANCA

¡NO DEJE QUE AMERICA SE ENSUCIE!

ASEO

Los dos manifestantes, dos jóvenes Caucs, clavaron sus ojos en él; Sal y Patricia les miraron fijamente. Nadie habló. Varios fotógrafos dispararon sus cámaras; la luz de sus flashes iluminó por un instante la estática escena, y luego Sal y Patricia, seguidos por Jim Briskin, continuaron su camino. Los dos manifestantes siguieron su marcha.

—Malditos—murmuró Pat, mientras los tres se sentaban dentro de una cabina en la cafetería que quedaba frente al estudio de televisión.

Jim Briskin observó:

—Cumplen con su flmción. Evidentemente, Dios quiere que hagan eso.

El incidente no le molestaba de manera particular; de un modo u otro, esto había formado parte de su vida desde que tenia memoria.

—Pero Schwarz ha aceptado que las cuestiones de raza y religión quedaran fuera de la elección —protestó Pat.

—Bill Schwarz, sí—subrayó Jim Briskin—, pero Verne Engel, no. Y es Engel quien conduce ASEO, no Schwarz.

—Sé de sobras que el DC apoya económicamente ASEO—argulló Sal—. Sin ese apoyo se vendría bajo en cuestión de horas.

—No estoy de acuerdo contigo—dijo Jim—. Creo que el odio se organizará siempre en torno a agrupaciones como ASEO y que siempre habrá gente que las apoye.

Después de todo, ASEO tenia un propósito. No querían que hubiera un Presidente negro; ¿no tenían derecho acaso a opinar así? Algunas personas eran de este parecer, otras no; era muy natural. "¿Y por qué —se preguntaba— debemos pretender que la raza no sea un factor de elección? Lo es, en realidad. Soy un negro. La posición de Verne Engel es objetivamente correcta." La verdadera incógnita era: ¿qué porcentaje del electorado sustentaba las ideas de ASEO?

Ciertamente, ASEO no heria sus sentimientos; no podían herirle: ya tenia una larga experiencia acumulada durante sus años de locutor de noticiarios. "En mis años de negro norteamericano", pensó ácidamente.

Un niño, blanco, llegó a la cabina, llevando consigo un lápiz y un bloc de papel.

—Señor Briskin—dijo—, ¿puede firmarme un autógrafo?

Jim garabateó su firma y el niño salió corriendo a encontrarse con sus padres en la puerta de la cafetería. La pareja, bien vestida, joven y obviamente de clase alta, le hizo señas alegremente.

—¡Estamos con usted! —gritó el hombre.

—Gracias—contestó Jim, asintiendo con la cabeza y tratando sin éxito de parecer también alegre.

—Vaya humor que tienes—comentó Pat.

Briskin asintió en silencio.

—Piensa en toda la gente de piel blanca como las azucenas—observó Sal—, que va a votar a un Col. Hombre, es muy estimulante. Prueba que no todos los blancos hemos caído tan bajo.

—¿Dije alguna vez que así fuera?—preguntó Jim

—No, pero lo crees. No confías realmente en ninguno de nosotros.

—¿De dónde has sacado eso?—inquirió Jim, enojado.

—¿Qué vas a hacerme?—exclamó Sal—. ¿Cortarme en trocitos con tu rasuradora magnético-electrográfica?

Pat se interpuso tajantemente.

—¿Qué haces, Sal? ¿Por qué hablas a Jim de ese modo?—y mirando alrededor nerviosamente, agregó—: Imagina que por casualidad alguien escuchara.

—Estoy tratando de sacarlo de su depresión—replicó Sal—. No me gusta verle ceder ante los otros Esos manifestantes de ASEO le preocupan, pero él no quiere reconocerlo.

Miró a Jim.

—Te lo he oído decir varias veces—dijo—: "No pueden herirme". Por supuesto que pueden. Ahora mismo te han herido. Tú pretendes que todos te quieran, los blancos y los Cols, todos. No comprendo cómo has logrado ingresar en la política. Debiste haberte quedado como locutor, deleitando a jóvenes y viejos. Especialmente a los adolescentes.

Jim declaró:

—Quiero ayudar a la raza humana.

—¿Cambiando la ecología de los planetas? ¿Lo dices en serio?

—Si me eligen para el cargo, estoy decidido a nombrar director del Programa Espacial a Mini, sin conocerle personalmente; voy a darle la oportunidad que nunca ha tenido, ni siquiera cuando...

—Si te eligen, podrías absolver al doctor Sands —sugirió Pat.

—¿Absolverle? —dijo Jim, mirándola desconcertado—. No lo están juzgando; sólo está tratando de divorciarse.

—¿No has oido los rumores?—preguntó Pat—. ¡Su mujer está a punto de desvelar un crimen que él ha cometido, y asi podrá ganar el juicio y quedarse con todas las propiedades de ambos. Nadie sabe de qué se trata, pero ella ha dejado entender que...

—No quiero oírlo—objetó Jim Briskin.

—Puede que tengas razón—reflexionó Pat—. El divorcio de los Sands se está volviendo desagradable. Mencionarlo, como quiere Sal, podría volverse en tu contra. La amante, Cally Vale, ha desaparecido; probablemente la hayan asesinado... Tal vez no nos necesites, después de todo.

—Os necesito—concretó Jim—, pero no para que me embrolléis en los problemas matrimoniales del doctor Sands.

Tomó su bebida.

El técnico Rick Erickson, de Transcursores Instantáneos Pethel, Ventas y Reparaciones, encendió un cigarrillo e inclinó su banquillo

hacia atrás, empujándose con sus huesudas rodillas contra la mesa de trabajo. Frente a él estaba la torrecilla principal de un transcursor defectuoso. Concretamente, el pertenecía al doctor Lurton Sands.

Siempre había habido desperfectos en los transcursores. El primero que se había puesto en uso estaba fuera de servicio; eso ocurrió varios a atrás, pero desde entonces los transcursores no habían modificado en lo esencial.

Históricamente, el primer transcursor defectuoso había pertenecido a un empleado de Investigaciones Terran, llamado Henry Ellis. Siguiendo una costumbre muy humana, Ellis no había comunicado el desperfecto a sus patrones... o, por lo menos, eso era lo que recordaba Rick. A la sazón, él no había entrado en la profesión, pero el mito subsistía, una leyenda increíble que aún circulaba entre reparadores de transcursores y según la cual, gracias al defecto de su aparato, Ellis—se hacia difícil creerlo—había compuesto la Santa Biblia.

Los transcursores se caracterizaban por hacer posible una forma limitada de viaje a través del tiempo. A lo largo del tubo de su artefacto—se decía—Ellis había encontrado un punto débil, una trémula luz dentro de la cual se podía ver una acción instantánea. Se había agachado y había observado un conglomerado de personas pequeñas que gemían con voces aceleradas, moviéndose precipitadamente en el mundo, al otro lado de la pared del tubo.

¿Quién era aquella gente? En un principio, él no lo supo, pero aun así había trabado relación con ellos; había aceptado unas hojas—sorprendentemente finas y pequeñas—, que contenían preguntas y las había llevado al equipo de decodificación de lenguaje que funcionaba en Investigaciones Terran y, una vez los extraños escritos de la gente pequeña estuvieron traducidos, los llevó a una de las computadoras grandes de la compañía para que contestara las preguntas.

Luego volvió al Departamento de Lingüística al caer la noche, retornó al tubo del transcursor para devolver a la gente pequeña —en su propio idioma—las respuestas a sus preguntas.

Evidentemente, si hay que dar crédito a esto, Ellis era un hombre caritativo.

Sin embargo, Ellis suponía que no se trataba de una raza terráquea, e insistía en que era un diminuto planeta de otro sistema. Estaba equivocado. Conforme a la leyenda, la gente pequeña pertenecía al propio pasado de la Tierra; el idioma, naturalmente, era hebreo antiguo. Rick no pretendía saber si la historia era o no cierta, pero, en todo caso, debido a alguna sospechosa infracción de las leyes de la compañía, había sido despedido de Investigaciones Terran, y desde entonces había desaparecido. Quizá había emigrado; ¿quién podía saberlo? ¿A quién podía importarle? La misión de Investigaciones Terran era descubrir la pequeña mancha del tubo y procurar que efecto no reapareciera en los sucesivos transcursores.

De repente, en el extremo de la mesa de trabajo Rick, sonó con estridencia el intercomunicador.

—Oye, Erickson—dijo la voz de Pethel—. El doctor Sands está aquí y pregunta por su transcursor. ¿Cuándo estará listo?

Con el mango de un destornillador, Rick Erickson golpeó fuertemente la torrecilla del artefacto de Sands. "Será mejor que suba y hable con Sands —pensó—. Esto me está volviendo loco. No es posible que funcione tan mal como para que se queje así."

De dos en dos escalones, Rick Erickson subió a la planta baja. Allí, por la puerta principal, salía un hombre; era Sands: Erickson le reconoció por las fotos de los periódicos. Se apresuró y le dio alcance al llegar a la calle.

—Oiga, doc . ¿Cómo dice usted que su aparato le traslada de golpe a Portland, Oregón y sitios por el estilo? No es posible... ¡No está preparado para eso!

Se quedaron mirándose el uno al otro. El doctor Sands, bien trajeado, enjuto y ligeramente calvo, de piel muy bronceada y nariz afilada, le miraba de un modo complejo, calculando la respuesta. Parecía inteligente, muy inteligente.

"Así que éste es el hombre sobre el que todo mundo escribe—se dijo Erickson—. Sabe vivir mejor que cualquiera de nosotros; su traje es de piel de alacrán marciano." No obstante, se sintió irritado. El doctor Sands tenía modales suaves; bien parecido al frisar los cuarenta y cinco años, tenía aire de afabilidad bonachona y confundida, como fuera incapaz de comprender o manejar los sucesos que le habían sobrecogido. Erickson lo notaba; doctor Sands tenía una distinción trastornada, apabullada.

Mas no por ello dejaba de ser un caballero. En un tono calmoso y preciso dijo:

—Pues parece que eso es lo que hace. Me gustaría poder darle más detalles, pero la mecánica nunca ha sido mi fuerte.

Su sonrisa desarmó a Erickson, haciendo que se avergonzara de su rudeza.

—Bueno..—dijo Erickson, cambiando de actitud—. La culpa la tiene IT. Podrían haber eliminado hace años los defectos de los transcursores. Es una lástima que usted tenga un cacharro así.

"No pareces tan mal tío", reflexionó.

—Un cacharro así —repitió el doctor Sands— encima eso. Es mi suerte, ¿sabe? Todas mis cosas han andado igual últimamente.

Su expresión cambió; parecía divertido.

—Tal vez yo pudiera hacer que IT se lo cambiase por otro —comentó Erickson.

Sands meneó la cabeza con energía.

—No—dijo—. Quiero ése especialmente.

Su tono se había vuelto firme; lo decía en serio.

—¿Por qué?

¿Quién podía querer quedarse con un verdadero cacharro? No tenia sentido. De hecho, todo el asunto olía de un modo extraño, que Erickson, con su aguda perspicacia, había detectado; en sus horas de trabajo había alternado con muchos clientes.

—Porque es mío—respondió Sands—. Lo elegí yo.

Continuó su camino, calle abajo.

—No pensará que voy a creerme eso—dijo Erickson, como para si.

Sands se detuvo y preguntó:

—¿Qué?

Retrocedió un paso, ahora con el rostro sombrío. La afabilidad había desaparecido.

—Discúlpeme. No quise ofenderle —dijo Erickson, mirando a Sands fijamente.

No le gustó lo que vio. Bajo la suavidad del doctor Sands había una gran frialdad, algo estático y frío. No era una persona común, y Erickson se sintió incómodo.

—Arréglelo pronto—dijo Sands con sequedad.

Se volvió y se fue con grandes zancadas, dejando a Erickson perplejo.

"¡Diablos!—se dijo éste, silbando—. Pobre de mi, no querría tener líos con él." Caminó hacia el establecimiento. Bajando los escalones de uno en uno, con las manos hundidas en los bolsillos, pensó que lo mejor sería armar de nuevo el aparato y hacer un viaje en él. Se acordó otra vez del viejo Henry Ellis, el primer hombre que había recibido un transcursor defectuoso. Recordaba que Ellis tampoco había querido cambiarlo. Tenía sus buenas razones.

De vuelta al taller del sótano, Rick se sentó junto a la mesa de trabajo, cogió la torrecilla principal del transcursor instantáneo del doctor Sands y comenzó a unir sus piezas. Al cabo de poco rato había

vuelto a colocarlo hábilmente en su lugar y lo había enganchado al circuito.

"Ahora—se dijo, mientras conectaba la energía motriz—, veamos adónde nos lleva." Pasó a través del aro brillante que rodeaba la entrada del artefacto y se encontró—como de costumbre—, dentro de un tubo gris informe, que se estrechaba en ambas direcciones. Tras él, enmarcada por la abertura quedaba su mesa de trabajo. Y frente a él...

La ciudad de Nueva York. La visión inestable de una activa esquina de la calle a la que daba la oficina del doctor Sands. Y más arriba, el prisma triangular del enorme edificio de plástico—una mezcla de compuestos rexeroides de Júpiter—, con su infinidad de pisos, sus innumerables ventanas... y más allá los retropropulsores individuales despegando o llegando a las rampas, en las cuales los transeúntes se desplazaban en multitudes tan densas que parecían autodestructivas. La ciudad más grande del mundo, cuatro quintos de ella quedaban bajo tierra; lo que Erickson veía no era más que una escasa porción, sólo una traza de su extensión visible. Nadie, en toda su vida, ni siquiera un veterano, podía verla integra; la ciudad era demasiado extensa.

"¿Lo ves? —rezongaba Erickson para sí—. El transcursor funciona a la perfección; esto no falla, es exactamente lo que debe ser." Agachándose, deslizó su mano experta por la superficie de transcursor. ¿Qué buscaba? No lo sabía. Algo que justificara la insistencia del doctor en conservar especialmente aquel transcursor.

Se tomaría el tiempo necesario. No le corría prisa. Estaba decidido a encontrar lo que buscaba.

El discurso sobre recreación planetaria que había pronunciado Jim Briskin —grabado en las primeras horas del día y luego retransmitido por el satélite RL—, había sido demasiado penoso como para que Salisbury Heim lo soportara. Por eso había decidido tomarse una hora

de descanso y buscar alivio como lo hacían muchos hombres: subió a un taxi a reacción y en pocos instantes volaba hacia el satélite Salón de 20 placeres. "Deja que Jim se canse de hablar de ese chiflado programa de ingeniería de Bruno Mini—pensaba en el asiento trasero del taxi aéreo, gozando de aquella pausa en sus tareas—. Deja que él mismo se ahorque. Por lo menos yo no tengo por qué dejarme arrastrar en su caída. A veces me tienta la idea de desertar del partido poco antes de las elecciones y pasarme al lado de los demócratas-conservadores."

Sin lugar a dudas, Bill Schwarz le recibiría con los brazos abiertos. Heim ya había tanteado, a través de un contacto muy sutil, la posible reacción de la oposición. Schwarz había aprovechado estos tenues lazos para expresar su entera conformidad ante una eventual unión de fuerzas con él. Sin embargo, Heim no estaba preparado aún para hacer su jugada; no había desarrollado bien su plan.

Al menos no hasta entonces. Aquella inesperada y desoladora sorpresa... ¡Justo cuando el partido tenía tantos problemas por resolver!

El quid de la cuestión—sabía esto por los padrones electorales—era que Jim Briskin iba a la zaga de Schwarz, a pesar de contar con todos los votos de los Cols, que incluían también las razas no negras, tales como los portorriqueños de la costa Este y los mexicanos del Oeste. La diferencia era amplia. Pero, ¿por qué se rezagaba Briskin? Porque todos los blancos concurrirían a las elecciones, mientras que sólo un sesenta por ciento de los Cols se dejarían ver ese día. Se mostraban increíblemente apáticos con respecto a Jim. Tal vez pensaran—Sal lo había oído decir—que Jim se había vendido a los intereses de los blancos. Que no era, aun siendo Col, un autentico líder de la gente de su raza. Y en alguna medida era verdad. Porque Jim Briskin representaba tanto a blancos como a Cols.

—Ya hemos llegado, señor—le informó el conductor del taxi.

El vehiculo aminoró la marcha y se posó sobre la superficie en forma de pechos de mujer, a unos diez metros del pezón rosado que hacia las veces señal de posición.

—¿Usted es el asesor de Jim Briskin?—preguntó el conductor, que era Col, volviéndose hacia él—. Le he reconocido. Oiga, señor Heim; él no está vendido, ¿no es cierto? He oido a mucha gente discutir sobre eso, pero no creo que él sea de ésos, estoy seguro.

—Jim Briskin—dijo Heim, mientras buscaba su billetera—jamás se ha vendido a nadie. Y nunca se venderá. Puede decir eso a sus hermanos de raza, porque es verdad.

Pagó su viaje. Se sentía malhumorado. Condenadamente malhumorado.

—¿Pero es cierto que...?

—Trabaja con gente blanca, si. Mi esposa y yo trabajamos con él. ¿Y qué? ¿Acaso van a desaparecer blancos cuando Briskin sea electo? ¿Es lo que queréis? Porque si queréis eso, no lo vais a conseguir.

—Creo que sé a qué se refiere—manifestó el conductor, asintiendo lentamente—. Usted opina que él esta a favor de toda la gente, ¿no es eso? Comparte intereses de la minoría blanca al igual que los de la mayoría Col. Os va a proteger incluso a vosotros, los blancos.

—Eso es —contestó Salisbury Heim, mientras abría la puerta del taxi—. Como usted dice, incluso a nosotros, los blancos.

Ya estaba de pie sobre el pavimento. "Si, incluso a nosotros—se dijo. Porque lo merecemos."

—Hola, señor Heim.

Era una melodiosa voz de mujer. Heim se volvió.

—¡Thisbe! —exclamó, complacido—. ¿Cómo estás?

—Feliz de verte y de que no te hayas quedado abajo sólo porque tu candidato no nos aprueba—dijo Thisbe Olt.

Arqueó graciosamente sus brillantes cejas, pintadas de color verde. En su rostro estrecho, como de arlequín, relucieron incontables puntos de luz pura, clavados en su piel; daban a su semblante

misterioso la apariencia de la belleza siempre renovada. En verdad se había renovado a lo largo de varias décadas. Cimbreándose, esbelta, casi frágil, jugueteaba con las pequeñas borlas, hechas de una tela impregnada de piedras, que colgaban de su brazo desnudo; se había puesto ropas ligeras para salir a recibirle y él se sentía complacido. Ella le atraía mucho; hacía tiempo que le gustaba.

Cautelosamente, Sal Heim preguntó:

—¿Qué te hace pensar que Jim Briskin tenga algún motivo de queja contra el Salón, Thisbe? ¿Alguna vez ha dicho algo al respecto?

Que él supiera, las opiniones de Jim sobre este punto nunca se habían hecho públicas; por lo menos, él había tratado siempre de que las mantuviera ocultas.

—Esas cosas se saben pronto aquí, Sal —explicó Thisbe—. Creo que deberías entrar y hablar de ello con George Walt— están abajo, en su oficina del nivel C. Tienen un par de cosas que decirte, Sal. Lo sé porque les he oído discutirlas.

Molesto, Sal comenzó a decir:

—No he venido para...

¿De qué servía? Si los dueños del Salón querían hablarle, era conveniente que fuera.

—De acuerdo—contestó.

Siguió a Thisbe en dirección al ascensor.

Pese a sus esfuerzos por evitarlo, siempre que trababa conversación con George Walt se angustiaba. Eran una clase especial de mutantes; nunca había visto a nadie como ellos. No obstante su impedimento, George Walt habían alcanzado un gran poder económico en la sociedad. Se rumoreaba que el satélite Salón de los placeres era sólo una de su posesiones, cuyo conjunto estaba vastamente diseminado en el mapa financiero del mundo moderna Ellos eran una clase de mutantes gemelos, unidos por la base del cráneo, de modo que una sola estructura cefálica servía a ambos cuerpos separados. Era

evidente que la personalidad George habitaba un hemisferio del cerebro y usaba un solo ojo: el derecho, según recordaba Sal. Y la personalidad Walt existía en el otro lado, distinta, con su idiosincrasia propia, sus tendencias y sus puntos de vista... y su ojo propio, desde el cual observaba el universo exterior.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el nivel C, un sirviente uniformado, que hacía las veces de policía, detuvo a Sal.

—El señor George Walt quieren verme—arguyó éste—. O al menos eso me ha dicho la señorita Olt.

—Por aquí, señor Heim —rogó entonces el sirviente, llevando la mano respetuosamente hacia su gorra, mientras conducía a Sal a través del silencioso pasillo alfombrado.

Fue guiado hasta una espaciosa habitación. En ella estaban George Walt, sentados en un canapé. Los dos cuerpos se pusieron de pie a un mismo tiempo, sosteniendo entre ellos la cabeza común. La cabeza, con las entidades de los hermanos bien separadas, hizo un gesto de bienvenida y la boca sonrió. Un ojo—el izquierdo—le miraba con fijeza, mientras el otro se extraviaba vagamente, como si estuviera preocupado.

Los dos cuellos se unían de un modo tal que la cabeza y el rostro quedaban algo inclinados hacia atrás. George Walt tendían siempre a mirar por encima de su interlocutor, no importaba quién fuera, y a esto se agregaba su singular expresión. Todo

hacía que parecieran formidables, que fuera imposible atraer su atención. La cabeza era de tamaño normal, pese a todo, al igual que los cuerpos. El cuerpo de la izquierda—Sal no recordaba a quién pertenecía—llevaba ropas informales: una camisa de algodón, anchos pantalones y sandalias en los pies. El de la derecha, en cambio, llevaba un traje con una sola chaqueta, corbata y una capa corta abotonada de color gris. Las manos del cuerpo de la derecha estaban hundidas en los bolsillos del pantalón, postura que le daba un aire de autoridad cuando no de edad, ya que parecía notablemente mayor que su gemelo.

—Soy George—dijo con amabilidad la cabeza. ¿Cómo está, Sal Heim? Me alegro de verle.

El cuerpo de la izquierda extendió su mano, caminó hacia ellos y estrechó enérgicamente su mano. El cuerpo de la derecha no quiso estrechar la suya; la dejó en el bolsillo.

—Soy Walt—indicó luego la cabeza, con me afabilidad—. Queríamos discutir con usted sobre candidato, Heim. Siéntese y tome un trago. Diga ¿qué quiere que le prepare?

Los dos cuerpos se las arreglaron para ir juntos hasta el copero, en el que podía verse un bar bien provisto. Las manos de Walt abrieron una botella aguardiente de maíz, mientras las de George preparaban hábilmente un Old Fathioned, mezcla azúcar, agua y bíter en el fondo de un vaso. Juntos George Walt terminaron de preparar el cóctel y se lo alcanzaron a Sal.

—Gracias—dijo Sal, cogiendo el vaso.

—Le habla Walt—dijo la cabeza común—. Sabemos que si Jim Briskin resulta elegido, dará instrucciones a su secretario de Justicia para que encuentre el modo de clausurar el satélite. Es un hecho ¿no?

Los dos ojos, ahora juntos, clavaron en él mirada intensa y astuta.

—No sé dónde podéis haber oído una cosa así —replicó Sal, evasivamente.

—Le habla Walt—anunció la cabeza—. Hay informante en su organización. Por eso nos enteramos. Usted se da cuenta de lo que esto significa. Tendremos que volcar nuestro apoyo en Schwarz. Sabe usted muy bien la cantidad de transmisiones que hacemos a la tierra día tras día.

El suspiró. El Salón mantenía una corriente ininterrumpida de shows de baja calidad, que llegaban a través de una gran variedad de canales, y aunque estaban dirigidos a los hombres, eran vistos por casi todo el país. Los shows, especialmente esa orgía en la que aparecía la misma Thisbe—con su famoso despliegue de músculos contrayéndose y extendiéndose—eran un poderoso impulso para la

actividad del satélite. Organizar una campaña en contra de Briskin sería muy sencillo: los publicistas del satélite eran diestros profesionales.

Dejando el vaso, Sal se puso de pie y se encaminó hacia la puerta.

—Adelante. Poned vuestros shows en contra de Briskin. Ganaremos de todos modos las elecciones, y entonces sí podéis estar seguros de que él os clausurará. Es más, yo en persona os lo garantizo ahora mismo.

La cabeza parecía preocupada.

—¡Eso sería abuso de poder! —bramó.

Sal se encogió de hombros.

—Yo sólo protejo los intereses de mi cliente; sereis vosotros los que comenzasteis con amenaza.

—Le habla George—señaló con rapidez la cabeza. Esto es lo que yo creo que hay que hacer. Presta atención, Walt. Queremos que Jim Briskin venga hasta aquí y se fotografíe públicamente.

Walt mismo celebró la propuesta.

—Es una buena idea. ¿Entiende, Sal? Briskin llega, rodeado por todos los medios de difusión y besa a una de nuestras chicas; a él le conviene, pues aparecerá como un hombre normal, no como cretino. De ese modo os beneficiáis vosotros. Unos elogios. Un buen toque final, aunque optativo. Por ejemplo, puede decir que los intereses de la nación tienen...

—Nunca lo hará—aseguró Sal—. Antes perdería las elecciones.

La cabeza dijo con acento lastimero—

—Le daríamos la mujer que quisiera; tienen quinientas para elegir.

—No tendréis suerte —dijo Sal Heim—. Si me hicieseis esa oferta a mí, yo aceptaría en seguida. Pero no Jim. Él es... chapado a la antigua. Es puritano. Hasta podría decirse que es un remanente del siglo XX.

—O del XIX—dijo venenosamente la cabeza.

—Decid lo que os parezca—apuntó Sal—. A él no le importa. El tiene sus convicciones; creedme, este satélite es... una deshonra. El modo en que hacen las cosas aquí, bum, bum, bum..., todo mecánicamente, sin que haya contacto personal, sin que las relaciones personales tengan una base humana. Conducís esto como un autoservicio; yo no me opongo, ni la mayoría de la gente lo hace, porque ahorra tiempo. Pero Jim se opone, porque es un sentimental.

Los dos brazos derechos amenazaron a Sal mientras la cabeza decía a viva voz:

—¡Al diablo con eso! Aquí arriba somos tan sentimentales como el que más. Ponemos música de fondo en todos los cuartos y las muchachas aprenden siempre el nombre de pila de todos los clientes y se les exige llamarlos por éste y no por ningún otro. ¿Cuánto más sentimentales quiere que seamos, por el amor de Dios? ¿Qué es lo que en realidad desea?

En tono aún más alto, casi rugiendo, agregó:

—¿Una ceremonia de casamiento antes y un divorcio después para que sea un matrimonio legal? ¿Es eso? ¿O quiere que enseñemos a las chicas a planchar y a usar ropas de mamá y calzones y que los clientes paguen para verles los tobillos? Escuche, —su voz bajó de tono y se volvió siniestra, letal—.Escuche, Sal Heim—repitió—. Conocemos nuestro negocio. No se meta en él y nosotros no nos metemos en el suyo. A partir de esta noche, nuestros anunciadores insertarán un aviso a favor de Schwarz en cada transmisión que se haga a la Tierra; justo en medio de esa gloriosa obra de arte, usted sabe a qué me refiero, cuando las muchachas..., bueno, ya sabe. Quiero decir, en esa parte precisamente. Vamos a hacer una campaña acerca de esto; lo expondremos al público. Vamos a asegurar la reelección de Schwarz. Y asegurar que la derrota de ese Col sea completa, total.

Sal no dijo palabra. La amplia oficina alfombrada quedó en silencio.

—¿No va a responder, Sal? ¿Va a quedarse de brazos cruzados?

—He venido hasta aquí para visitar a una chica que me gusta—declaró Sal—. Se llama Sparkey Rivers. Querría verla ahora. Se sentía fatigado.

—Es diferente de todas las que he probado—agregó—. Pero en seguida, pasándose la mano por la frente murmuró—: No, estoy muy cansado ahora. He cambiado de idea. Me iré.

—Si es tan buena como dice—observó la cabeza, no le requerirá ningún esfuerzo.

Se rió festejando su ocurrencia, y mientras una de sus manos oprimía un botón en el escritorio, ordenando.

—Enviad aquí a una tal Sparkey Rivers.

Sal asintió con desgana. Después de todo, era eso lo que había ido a buscar. Ese antiguo y valioso medio.

—Usted trabaja demasiado, Sal—mencionó cabeza—. ¿Qué ocurre? ¿Va perdiendo el RL? Temo que necesita nuestra ayuda, y mucho.

—¿Ayuda? ¡Qué va!—repuso Heim—. Lo que necesito es un descanso de varias semanas, pero precisamente aquí. Debería coger un taxi e irme a Africa a cazar arañas o lo que esté de moda ahora.

Con todos sus problemas había perdido contacto con la moda.

—Las arañas cavatrincheras están muy pasadas —le informó la cabeza—. Ahora se acostumbra de nuevo cazar polillas nocturnas.

El brazo derecho de Walt señaló la pared y pudo ver, expuestos detrás de un cristal, tres enormes cadáveres iridiscentes, cuyos numerosos colores brillaban bajo un haz de luz ultravioleta.

—Los he cogido yo mismo—dijo la cabeza. E inmediatamente se regañó—. No fuiste tú. He sido yo. Tú las viste, pero yo las metí en el tarro mortífero.

Sal Heim se sentó en silencio a esperar a Sparkey Rivers, mientras los dos habitantes de la casa discutían entre sí quién de ellos había atrapado polillas africanas.

El eficiente y costoso detective privado Tito Velli, de piel oscura, alcanzó a la mujer sentada frente a él, en su oficina de Nueva York, las conclusiones que, a partir de los datos suministrados, había extraído su computadora Altac 3-60. Era una buena máquina.

—Cuarenta hospitales —dijo Tito—. Cuarenta operaciones de trasplante este último año. Estéticamente, es improbable que el Fondo de Reserva de Organos Vitales de la ONU dispusiera de tantos órganos en un lapso tan limitado, pero es posible. En palabras, la pista no nos sirve.

Myra Sands acarició su falda pensativamente y encendió un cigarrillo.

Elegiremos al azar entre los cuarenta —indicó—. Quiero que investigue a cinco o seis de ellos, al menos. ¿Cuánto cree que le llevará hacerlo?

Tito calculó en silencio.

Digamos dos días —contestó—. Eso sí, tengo que ir allí y hablar con la gente. Desde luego, si pudiera averiguarlo por videófono...

Le gustaba trabajar con el videófono. De ese modo podía quedarse cerca de la Altac 3-60 y si se le asaltaba alguna duda, podía colocar los datos en el aparato y obtener sin demora una decisión. Sentía respeto por la 3-60. Le había costado una fuerte cantidad de dinero un año atrás y no podía permitirse el lujo de dejarla ociosa; no si era posible evitarlo a veces.

Estaba en una situación difícil. Myra Sands no es de las que toleran la incertidumbre; para ella, las cosas debían ser esto o aquello, o A o no A. Hacía uso de la ley de Aristóteles del Medio ido, más que nadie que él conociera. La administradora era una mujer hermosa,

extremadamente educada; tenia cabellos claros y frisaba los cuarenta. Su pose era erguida; su traje, de lana lunar amarillo chillón; sus piernas, largas y perfectas. Su mentón prominente dejaba ver—a Tito por lo menos— la fuerza inflexible de su personalidad. Myra antes que nada, una mujer de negocios; como de las más destacadas autoridades de la nación en el campo de la terapia especializada en genes tenía elevados ingresos y altos honores. Ella lo sabía muy bien. Al fin y al cabo, había trabajado muchos años en esto. Tito respetaba a los profesionales independientes; después de todo, él también era propio patrón; no estaba sujeto a nadie, a ninguna organización que le subvencionara ni tampoco a una entidad económica. El y Myra tenían algo en común. Aunque, por supuesto, ella lo hubiera negado. Myra Sands era muy orgullosa; para ella, Tito Cravelli era más que un empleado a quien había contratado para averiguar —o mejor, para confirmar— cierta información sobre su marido.

Tito no podía imaginar por qué Lurton Sands se había casado con ella. Seguramente había habido un conflicto —psicológico, social, sexual, profesional—desde el principio.

No encontraba explicación para la química que unía a hombres y mujeres con lazos de odio y sufrimiento, a veces a lo largo de noventa años consecutivos. En su profesión Tito había visto mucho de todo esto, lo suficiente como para no olvidarlo en sus años de veterano.

—Llame al Hospital Lattimore de San Francisco —ordenó Myra, con voz firme y autoritaria—. En agosto, Lurton hizo allí un transplante de bazo a un mayor del Ejército. Creo que su nombre era Wall o algo parecido. Recuerdo que para esa época Lurton estaba, ¿cómo le diré? Había bebido un poco de más. Era de noche y estábamos cenando. Lurton hablaba de algo raro, maldiciendo. Decía algo como "pagar muy caro" por un bazo. Usted sabe, Tito, que los precios del FROV están estrictamente fijados por la ONU y no son altos; al contrario, son muy bajos. Por eso el fondo se queda tan a menudo reservas de algunos órganos. No es tanto por la falta de suministros como por el exceso de pedidos.

—Hum—murmuró Tito, tomando nota.

—Lurton siempre decía que si al menos el FROV aumentara los precios...

—¿Está segura de que era un bazo?—interrumpió Tito.

—Si—repuso Myra, asintiendo bruscamente y exhalando un humo gris, que llegaba hasta la lámpara situada tras ella y que, formando una nube, se metió dentro de la pantalla. Afuera estaba oscuro: eran las siete y media.

—Un bazo—apuntó Tito, recapitulando—. En Agosto de este año. En el Hospital Lattimore de San Francisco. Un mayor del Ejército llamado...

—Ahora me parece que era Wozzeck—indicó—. ¿O ése es un compositor de óperas?

—Es una ópera—explicó Tito—. De Berg. Ya casi no la representan.

Cogió el receptor del videófono.

—Trataré de comunicarme con las oficinas del Lattimore: allá en la costa sólo son las cuatro y media.

Myra se puso de pie y vagó incansablemente por la oficina, restregándose las manos enguantadas en esto que irritaba a Tito, impidiéndole concentrase en la llamada.

—¿Ha cenado ya?—le preguntó, mientras esperaba la conferencia.

—No. Pero nunca como antes de las ocho y media a nueve; es una barbaridad comer más temprano.

—¿Puedo invitarla a cenar, señora Sands? Conozco un pequeño restaurante armenio que es maravilloso. La comida está preparada realmente por seres humanos.

—¿Seres humanos? ¿Qué quiere decir?

—Sistemas autónomos de preparación de comidas —murmuró Tito—. ¿O es que usted no come nunca en restaurantes autoprep?

En realidad, los Sands eran ricos, era posible que siempre consumieran comida hecha por seres humanos. Tito agregó:

—Personalmente no soporto los autoprep. La comida es siempre igual, nunca está quemada, nunca —se interrumpió al ver que en la pantalla del videófono comenzaban a formarse, en miniatura, los rasgos de una empleada del Lattimore. Le dijo—: Señorita, pertenezco a la compañía Consultores para Investigación de los Factores de Vida de Nue

York. Le llamo para que me informe sobre una operación que se practicó a un mayor Wozzeck Olleck en el pasado mes de agosto; un trasplante de bazo.

—Espere —dijo Myra, súbitamente—. Ahora me acuerdo. No era de bazo... Era de islotes de Langerhans, esa parte del páncreas que regula la producción de azúcar en el cuerpo. Me acuerdo porque Lurton se puso a hablar de eso al verme poner dos cucharadas de azúcar en el café.

—Buscaré eso entonces —dijo la muchacha Lattimore, que había escuchado a Myra.

Se volvió hacia el fichero.

—Lo que quiero averiguar—especificó Tito—la fecha exacta en que se pidió el órgano al FR de la ONU. Si usted pudiera facilitarme ese dato, por favor.

Esperó con su acostumbrada paciencia. Su posición requería esa virtud por encima de cualquier otra incluyendo la inteligencia.

Al cabo de unos instantes, la chica dijo:

—El doce de agosto de este año se efectuó trasplante a un coronel Weiswasser. Islotes de Langerhans, obtenidos el día anterior, once de agosto por FROV. La operación estuvo a cargo del doctor Sands, y, naturalmente, él certificó la utilización del órgano.

—Gracias, señorita—exclamó Tito, y cortó la comunicación

—Las oficinas del FROV están cerradas—informó Myra, cuando Tito volvió a marcar—. Deberá esperar hasta mañana.

—Es que conozco a alguien de allí—replicó Tito, mientras continuaba marcando el número.

—Finalmente consiguió hablar con Gus Anderton, su contacto en el banco de órganos vitales de la FROV.

—Gus, te habla Tito. Fíjate, por favor, en agosto, islotes de Langerhans. ¿De acuerdo? Mira si cirujano de quien te hablé activó unas en esa agencia.

—El contacto retornó casi en seguida con la respuesta.

—Es correcto, Tito; todo coincide. Once de agosto, islotes de Langerhans. Transferidos por Saltamontes en Acción al Lattimore de San Francisco. Pura rutina.

Tito Cravelli cortó el circuito, exasperado. Después de una pausa, Myra, que seguía paseando sin cesar por la oficina, exclamó:

—¡Pero estoy segura de que ha obtenido órganos ilegalmente! Nunca ha dejado morir a nadie, pero el sabe que jamás ha habido tantos órganos en banco de reservas; tiene que haberlos conseguido en algún otro lado. Lo mismo que ahora; estoy convencida.

—De decirlo a probarlo...

Volviéndose a él, Myra chasqueó los dedos, observando:

—Aparte del banco de la ONU, sólo hay otro lugar adonde podría acudir.

—De acuerdo —expuso Tito, asintiendo—. Pero como dice su abogado, debe tener pruebas antes de formular el cargo; si no él entablará juicio por calumnia, libelo, difamación y todas esas cuestiones. Es lógico; usted no le deja alternativa.

—Esto no le gusta a usted nada—comentó Myra.

Tito se encogió de hombros.

—No es necesario que me guste—explicó—. No es eso lo que cuenta.

—Pero piensa que estoy metiéndome en terreno peligroso.

—Sí, claro. Aun si fuera cierto que Lurton Sand lo hizo.

—No diga "aun si fuera cierto". Es un fanático y usted lo sabe muy bien. Lurton se identifica tan plenamente con su imagen pública de salvador de vidas, que esto ha provocado en él una ruptura psicológica con la realidad. Es probable que haya comenzado con poca cosa, con lo que le habrá parecido una situación especial, una excepción; necesitaría un órgano determinado y lo habrá tomado. Y la vez siguiente..., le habrá resultado más fácil. Y así, sucesivamente.

—Comprendo—dijo Tito.

—Creo que empiezo a saber qué es lo que debemos hacer—manifestó Myra—. Lo que usted deberá hacer. Comience por aquí: comuníquese con su contacto en la ONU y averigüe qué órganos faltan en este momento al banco. Luego será necesario producir otra situación de urgencia: busque en algún hospital a alguien que necesite un trasplante de ese órgano y haga que la persona pida que la atienda Lurton. Me doy cuenta de que esto va a costar un montón de dinero, pero estoy dispuesta a hacerme cargo de los gastos. ¿Entiende?

—Entiendo—dijo Tito.

"En otras palabras, tenderle una trampa a Lurton Sands—pensó—. Aprovechar su determinación por salvar la vida a un moribundo..., hacer de su humanitarismo el instrumento de su destrucción. ¡Vaya manera de ganarme la vida! El pan nuestro de cada día... No; no es algo tan puro, si se trata un asunto como éste."

—Sé que podrá conseguirlo—dijo Myra, con vehemencia—. Usted es de los buenos; tiene experiencia, ¿no es así?

—Sí, señora Sands—repuso Tito—. Tengo experiencia. Sí, posiblemente pueda atrapar a este hombre. Hacerle tragar el anzuelo. No debería costarme mucho.

—Asegúrese de que su "paciente" le ofrezca una fuerte suma—subrayó Myra, con voz amarga y tensa—. Lurton caerá, si ve que será bien retribuido. Eso es lo que le interesa, a pesar de lo que usted y el maldito público pueda creer. He vivido muchos casos con él y conozco sus pensamientos más íntimos.

Antes de continuar sonrió brevemente.

—Me parece vergonzoso que yo deba decirle como realizar su tarea —dijo—, pero es obvio que se como hacerlo.

—Aprecio su ayuda —dijo Tito, con cierta torpeza.

—No, no es verdad. Usted cree que estoy haciendo algo malintencionado, por puro despecho.

—Yo no creo nada—arguyó Tito—. Yo sólo tengo hambre. Tal vez usted no cene antes de las ocho y media o nueve, pero yo tengo espasmos pilóricos y debo comer a las siete. Con su permiso. Voy a cerrar.

Se puso de pie empujando hacia atrás el sillón del escritorio. No repitió su invitación de llevarla a cenar.

Buscando con la mirada su abrigo y su cartera, Myra Sands preguntó:

—¿Ha localizado a Cally Vale? ¿Dónde, en caso de que así sea?

—No he tenido suerte dijo Tito, sintiéndose incómodo.

Myra lo miró fijamente.

—Pero, ¿por qué no puede localizarla? —repitió—. Tiene que estar en alguna parte.

No parecía estar muy convencida de su afiliación.

—Los funcionarios del tribunal tampoco pueden hallarla—señaló Tito—. Pero estoy seguro de que aparecerá para el juicio.

El también se preguntaba por qué su personal no había podido encontrar a la amante de Lurton Sands; después de todo, una persona no podía esconderse más que en un determinado número de lugares, y los instrumentos para detección y seguimiento de pistas, en especial durante las dos últimas décadas, habían alcanzado un nivel de eficiencia sobrenatural.

Myra exclamó:

—Comienzo a creer que usted no es tan bueno. Me pregunto si no debería confiar este asunto a alguien más eficiente.

—Usted decide—afirmó Tito.

Su estómago le dolía. Los espasmos pilóricos aumentaban. Se preguntaba si aquella noche tendría alguna oportunidad de comer.

—Debe encontrar a la señorita Vale —reiteró—. Ella conoce todos los pormenores de su actividad; es más, anda paseando por ahí la sangre del corazón que él le ha entregado.

—De acuerdo, señora Sands—declaró Tito. Internamente, su dolor aumentaba.

Un joven negro, de cabellos muy oscuros, dijo con voz suave:

—Señora Sands, hemos venido a verla porque hemos leído sobre usted en el periódico. Decía que era muy capaz y también que atendía a la que no poseía mucho dinero. Nosotros no tenemos dinero ahora, pero quizá podamos pagarle adelante.

Bruscamente, Myra Sands exclamó:

—No os preocupéis por eso ahora.

Mirando de arriba abajo al muchacho y a la chica agregó:

—Veamos... Vuestros nombres son Art y Rachel, ¿no? Sentaos los dos y conversemos.

Sonrió con su cálida y profesional sonrisa de bienvenida, reservada sólo a los clientes; jamás al personal, ni siquiera a su esposo; o mejor dicho como pensaba ahora de Lurton, su ex esposo.

La muchacha, Rachel, dijo con voz suave:

—Tratamos de que nos convirtieran en bibs, pero dijeron que primero debíamos consultar a un consejero. Estoy..., bueno, verá usted, de un modo yo... tenía que acabar embarazada. Lo siento.

Bajó la cabeza temerosamente, avergonzada tiempo que sus mejillas se tornaban de color escarlata.

—Está muy mal que no le dejen a uno matarse como hace unos años. Porque eso sería la solución —murmuró.

—Esa ley no era buena—afirmó Myra—. Por perfecto que sea el sueño prolongado, sin duda es preferible al antiguo camino de la autodestrucción adoptada sobre la base individual. ¿Cuánto hace estás encinta, querida?

—Un mes y medio, más o menos—respondió—Rachel Chaffy, levantando apenas la cabeza.

Pudo hacer frente a la mirada de Myra; unos instantes al menos.

—Pues el proceso terapéutico no presenta dificultades—comentó Myra—. Es cosa de todos los días. Podemos quedar para hoy al mediodía y haber terminado esta tarde a las seis. En cualquiera de las muchas clínicas especializadas, gratuitas, que posee el Gobierno en la zona. Aguardad un momento

Su secretaria había abierto la puerta del consultorio y le hacía señas.

—¿Qué quieres, Tina?

—Hay una llamada urgente para usted, señora Sands.

Myra encendió el videófono de su escritorio la pantalla se formaron los rasgos de Tito Cravelli que resoplaba agitadamente.

—Señora Sands—dijo—. Discúlpeme por llamarla a su oficina tan temprano. Pero es que casi todos los aparatos de seguimiento que hemos venido utilizando han cumplido su horario de trabajo y están de vuelta en casa. Pensé que le interesaría saber que Cally Vale no está en ningún lugar de la Tierra. Está del todo comprobado; es definitivo.

Hizo una pausa, esperando que Myra hablara.

—Entonces, ha emigrado —opinó ésta, tratando de imaginarse la frágil y delicada señorita Vale en la geografía de Marte o Ganímedes.

—No—aseveró Tito, agitando la cabeza con energía—. Hemos investigado eso, por supuesto. Cally no ha emigrado. Parece ilógico, pero así es. Tiene duda de que progresemos; estamos enfrentados a una situación imposible.

No parecía muy feliz por ello. Su rostro se había ensombrecido.

—No está en la Tierra y no ha emigrado—recalcó Myra.

Era obvio. ¿Cómo no lo había pensado antes, apenas Cally Vale se perdió de vista?

—Ha ingresado en un almacén del Estado. Cally es una bib—afirmó.

La única posibilidad que quedaba.

—Estamos buscando allí—anunció Tito, con muy poco entusiasmo—. Admito que es posible, pero no estoy muy convencido. Personalmente creo que debe haber pensado algo nuevo, algo más original. Apostaría todo lo que tengo a que es así. El tono de su voz se había vuelto insistente:

—Pero de todos modos revisaremos los noventa y cuatro almacenes del Ministerio de Bienestar Social Especial. Eso por lo menos llevará dos días. Y al ver a la pareja que esperaba en silencio, se interrumpió—: Mientras tanto... Quizá sea que lo discuta con usted más tarde; no corre prisa.

—Tal vez lo que sugieren los periódicos haya ocurrido —pensó Myra—. Tal vez sea cierto que Lurton la ha matado. De ese modo, Frank Fenner no podrá acudir a declarar.

—¿Usted cree que Cally Vale está muerta?—preguntó Myra, bruscamente.

Ignoraba por completo a los Chaffy; aunque estaban sentados frente a ella, no contaban en aquel momento: aquello era mucho más importante.

—No estoy en posición de... —comenzó a decir Tito.

Myra cortó la comunicación y la imagen de Tito se desvaneció.

—No estoy en posición de opinar—terminó de decir por él—. Pero, ¿quién lo está entonces? ¿Lurton? "Tal vez ni él sepa dónde está Cally. Ella puede haberle abandonado. Puede haberse ido al satélite Salón de los placeres y haberse unido a ese ejército de chicas usando un nombre falso—pensó, imaginando a la amante de su marido convertida en una esas criaturas asexuadas, mecánicas y automáticas de Thisbe Olt—. ¿Cuál será Cally? ¿Una, dos, tres, cuatro? Sólo que la elección no depende de uno, depende de ellos. Siempre. Es allí donde debieras estar, Cally—decía Myra, interiormente, riendo—. Por el resto de tu vida. Por los próximos doscientos años.

Luego se dirigió a la pareja:

—Disculpad la interrupción—encareció—. Y continuad, por favor.

—Bueno—dijo Rachel Chaffy, turbada—. Art yo sentimos que... hemos... pensado... no querer provocarlo. No sé por qué, señora Sands. Sé que deberíamos hacerlo. Pero no podemos.

Hubo un silencio.

—No sé para qué habéis venido a verme—exclamó Myra—. Si ya habéis tomado la decisión. Es obvio que estéis un poco asustados... Al fin y al cabo, sois muy jóvenes. Pero yo no voy a persuadiros. Una decisión de este tipo debe ser vuestra.

En una voz muy baja, Art puntualizó:

—No estamos asustados, señora Sands. No es eso. Queremos..., bueno, querríamos tener el niño. es todo.

Myra Sands no supo qué decir. Nunca, en sus años de profesión, se había enfrentado a algo así. Estaba desconcertada.

Creía que éste iba a ser un mal día. Este caso y la llamada de Tito eran demasiado para ella. Y tan temprano. Aún no eran las nueve de la mañana.

En el sótano de Transcursores Instantáneos Pethel, Ventas y Reparaciones, Rick Erickson se preparaba, por segundo día consecutivo, a entrar en el tanscursor averiado del doctor Lurton Sands.

Aún no había encontrado lo que buscaba. Sin embargo, no tenía intención de darse por vencido. Intuía que estaba cerca. Que no tardaría en encontrarlo.

Detrás de él, una voz dijo:

—¿Qué está haciendo, Rick?

Sobresaltado, Erickson miró en derredor. En la puerta del taller de reparaciones estaba parado su patrón, Darius Pethel, con todo su peso enfundado en un arrugado traje de lana marrón, de anticuado corte, veterano, que acostumbraba usar.

—Escuche—indicó Erickson—. Este es el transcursor del doctor Sands. Puede tomárselo en solfa, yo creo que tiene escondida a su amante en él.

—¿Qué? —rió Pethel.

—Hablo en serio. No creo que esté muerta, y lo sé después de haber hablado con Sands lo suficiente como para saber que él podría matarla si lo creyera necesario; es esa clase de hombre. Además, nadie ha podido encontrarla; ni siquiera la mujer de Sands. ¡Naturalmente! No la pueden encontrar, porque Lurton ha dejado aquí su aparato, fuera de la vista. El sabe que está aquí, pero los demás no. Y no quiere que se lo entreguemos, pese a lo que diga: quiere dejarlo aquí, aquí mismo, en este sótano.

Mirándolo fijamente, Pethel exclamó:

—¡Pedazo de alcornoque! ¿Es esto lo que has estado haciendo durante su tiempo de trabajo? ¿Fantaseando historias de detectives?

—¡Esto es importante! —replicó Erickson— ¡Aunque no le rinda ningún beneficio! Y hasta puede que gane algo; si tengo suerte y la encuentro, vez usted pueda cambiársela por dinero a la esposa de Sands.

Después de una pausa, Pethel se encogió de hombros filosóficamente.

—De acuerdo—manifestó—. Si es así, búsquela. Si llega a encontrarla...

Detrás de él apareció el vendedor de la firma, Stuart Hadley.

—¿Qué es lo que pasa, Dar? —preguntó jovialmente, tan alegre e interesado como siempre.

—Rick está buscando a la amante del doctor Sands —informó Pethel, señalando con el pulgar hacia el artefacto.

—¿Es guapa? ¿Tiene buena figura?—interrumpió Hadley.

Parecía hambriento.

—Debes de haber visto sus fotos en los periódicos—dijo Pethel—. Es muy hermosa. ¿O crees que si no fuera algo excepcional el doctor hubiera arrugado su matrimonio? Ven, Hadley, te necesito arriba. No podemos quedarnos los tres aquí abajo. ¡A ver si alguien nos roba la caja registradora!

Comenzó a subir las escaleras.

—¿Y está aquí dentro? —preguntó extrañado Hadley, mientras se inclinaba para espiar el interior del transcursor—. No la veo, Dar.

—Ni yo tampoco —farfulló Darius Pethel—. Y tamoco Rick, pero sigue buscando... ¡y en horas de trabajo! ¡Maldita sea! Escuche, Rick: si la encuentra ella es mi amante, porque usted está trabajando para mí.

Los tres se rieron de lo que había dicho.

—De acuerdo—aceptó Rick, que estaba apoyado en sus rodillas y su mano libre, mientras con el destornillador en la otra raspaba la superficie del transcursor—. Podéis reíros y yo convengo que es gracioso. Pero no me detendré. Naturalmente, la grieta no es visible— si lo fuera, el doctor Sands no se hubiera atrevido a dejar esto aquí. Tal piense que soy un bruto, pero no tanto: la ha anulado y muy bien.

—Grieta —repitió Pethel, frunciendo el ceño y bajando de nuevo los escalones que le separaban del sótano—. ¿Quiere decir como la que años atrás encontró Henry Ellis? ¿Esa ruptura en la pared del tubo que conducía a la antigua Israel?

—Eso es —contestó brevemente Rick, sin dejar de raspar.

Su ojo experto, altamente entrenado, había descubierto de súbito una ligera irregularidad, una pequeña deformación. Inclinándose hacia delante, llevó su mano hasta allí.

Sus dedos pasaron a través de la pared del tubo y desaparecieron.

—¡Demonios!—dijo. Intentó mover sus dedos invisibles, sin sentir al principio; luego tocó el borde superior dé la grieta.

—La he encontrado—exclamó—. ¡Darius! Miró a su alrededor, pero Pethel se había ido.

—¡Darius!—volvió a gritar, sin recibir respuesta, entonces se volvió hacia Hadley, diciendo—: ¡Maldita sea!

—¿Qué cosa ha encontrado?—preguntó Hadley entrando con cautela en el tubo—. ¿A Cally?

Rick Erickson introdujo la cabeza en la grieta.

Extendió los brazos en busca de algo a que agarrarse; cayó pesadamente al suelo y maldijo. Al abrir sus ojos vio, hacia arriba, un cielo azul pálido unas pocas nubes tenues. Y a su alrededor, un prado. Había abejas, o algo más o menos parecido a las abejas, zumbando en torno a unas flores blancas del tamaño de un platillo y de tallos muy altos.

El aire olía dulcemente, como si las flores hubieran impregnado la atmósfera con su aroma.

"Estoy aquí—se dijo—. He conseguido llegar aquí donde Sands ha escondido a su amante, para evitar que testifique a favor de su esposa en el juicio o la audiencia o como quiera que se llame. Se incorporó con cautela. Detrás de él descubrió un débil resplandor: el nexo con el tubo del transcursor que le conectaba al sótano del establecimiento de Kansas City—. No quiero perder la conexión—pensó precavidamente—. Si me pierdo, tal vez no sea capaz de regresar y eso puede ser malo."

"¿Dónde me encuentro?—se preguntó—. Debo averiguarlo... ahora. La gravedad es igual que en la Tierra. Debe de ser la Tierra, pues—decidió—. ¿Mucho tiempo atrás? ¿Mucho tiempo en el futuro? Descubre qué es esto; ¡al diablo con la amante de Sands. ¡Al diablo con él y sus problemas personales! Él no cuenta."

Miró desesperadamente a su alrededor buscando algún otro signo de vida; algún animal o ser humano, algo que le dijera qué época era, si pasada o futura.

"El período Trilobites, tal vez. No, no puede ser Trilobites: fíjate en esas abejas. Esta es la grieta que investigaciones Terran ha tratado de descubrir hace treinta años—se dijo—. Pero el cretino que la encontró la utilizaba para sus viles propósitos, para el solo fin de esconder a su querida. ¡Vaya tarado!"

Erickson echó a andar lentamente, paso a paso. Tras de allí se movía una figura. Protegiendo sus ojos del resplandor del cielo, para descubrir qué era. ¿Un hombre primitivo? ¿Un Cro-Magnon o algo parecido? ¿Un majestuoso habitante del futuro, tal vez? Sus ojos bizquearon: era mujer; lo supo por los cabellos. Llevaba pantalones anchos y corría hacia él. Cally —pensó—. La amante del doctor Sands viene hacia mí. Pensará que soy Sands. Presa del pánico, se detuvo. ¿Qué hago?—se preguntó—. Es mejor regresar y pensarlo bien."

Comenzó a volverse en la dirección en que había venido. Por el rabillo del ojo vio que los brazos de la muchacha se levantaban peligrosamente. ¡No! —pensó—. ¡No lo haga!"

Trató de alcanzar el pequeño y confuso aro del transcursor que conectaba los dos mundos, pero sobre su cabeza pasó el brillo rojizo de un rayo láser dirigido a él.

"No me has dado"—pensó, aterrorizado—. Pero... —escudriñó el aire buscando la entrada, la encontró. Comenzó a introducirse en ella. Pero la próxima vez... —temió—. ¡La próxima vez que lo dispare!—gritó sin mirarla. Su voz resonó en el prado de flores donde estaban las abejas.

El segundo rayo láser le alcanzó en la espalda. Extendió la mano y la vio pasar a través de él desapareciendo por el otro lado. Se había salvado pero él no. Ella le había matado; era demasiado tarde ahora, demasiado tarde para escapar.

"¿Por qué no habrá aguardado?—se preguntó ¿Por qué no habrá esperado a ver quién era. Debía de estar asustada."

De nuevo el golpe seco del rayo láser. Esta vez le alcanzó en la nuca y eso fue todo. No había retorno para él, no podría regresar a la seguridad del tubo.

Rick Erickson estaba muerto.

Situado en el otro extremo del transcursor del doctor Sands, Stuart Hadley esperó nerviosamente hasta que vio aparecer los dedos de Rick Erickson a través de la pared cercana al piso; los dedos se crispaban como por algún dolor. Hadley se agachó y cogió a Rick por la muñeca.

"Trata de regresar", supuso y tiró del brazo con toda su fuerza.

Lo que consiguió arrastrar dentro del tubo fue un cadáver.

Se incorporó aterrado; vio los nítidos orificios y comprendió que Erickson había sido asesinado con un rifle láser, probablemente a distancia. Trastabillando a lo largo del tubo, alcanzó el mando del transcursor e interrumpió el paso de energía. La débil luz del aro de entrada se desvaneció en seguida y entonces supo—o así lo esperó—que ahora, quienesquiera que hubieran matado a Rick Erickson, no podrían venir tras él.

—¡Pethel!—gritó—. ¡Venga aquí abajo!

Corrió hasta el intercomunicador que había en la mesa de trabajo de Rick.

—Señor Pethel—dijo—. Venga al sótano en seguida. Erickson está muerto.

Instantes después, Darius Pethel, junto a él, examinaba el cadáver del técnico.

—Debe de haber encontrado lo que buscaba, —murmuró Pethel, pálido y tembloroso—. Pero ha pagado cara su curiosidad; muy cara.

—Tendríamos que llamar a la policía—observó Hadley.

—Sí —admitió Pethel, anonadado—. Por supuesto. Veo que ha cortado la energía. Bien hecho. Será mejor que le dejemos solo. Pobre diablo; verdaderamente pobre diablo; mire lo que ha ganado por haberlo imaginado todo. Fíjese, tiene algo en la mano.

Se inclinó y abrió los dedos de Erickson. La mano agarraba un puñado de hierba.

—No hay trasplante que le salve—comentó Pethel—. Porque el rayo le dio en la cabeza. Alcanzó el cerebro. De todos modos, el mejor cirujano de trasplante es Sands y él no haría nada por ayudarle. puede estar seguro.

—Un lugar donde hay hierba...—murmuró Hadley—. ¿Dónde estará? En la Tierra, no. No ahora, no.

—Debe de ser en el pasado—señaló Pethel—. O es posible viajar muy atrás en el tiempo.

¿No es fantástico? —La aflicción transformó su rostro—. Vaya comienzo: un buen individuo muerto... —dijo—. ¿Cuántos le seguirán? Imagínese la importancia que tendrá para este hombre su reputación, hasta el punto de permitir una cosa así. O tal vez no esté enterado; tal vez le haya dado el arma a la chica para que se defienda. Digo en el caso de que los detectives de su mujer la encontraran. Por otra parte, no estamos seguros de que lo haya hecho ella; puede haber sido alguna otra persona, no Cally Vale. ¿Qué sabemos nosotros? Todo lo conocemos es que Erickson está muerto. Y que en su teoria algo fallaba básicamente.

—Usted podrá concederle a Sands el beneficio de la duda, si quiere—apuntó Hadley—. Pero yo no.

Luego se puso de pie, suspiró estremecido e insistió:

—Llamamos a la policía, ¿no? Llame usted; no podría hacerlo. Llame usted, Pethel.

Con poca firmeza, Pethel caminó hacia el videófono que había en la mesa de Erickson, extendiendo su mano torpemente, como si su sentido del deber hubiera comenzado a desintegrarse. Cogió el receptor y se volvió hacia Hadley, diciéndole:

—Espere, es un error. ¿Sabe a quién debería llamar? A los fabricantes. Debemos informar esto en Investigaciones Terran; es lo que están buscando. Ellos tienen prioridad.

Mirándole muy serio, Hadley protestó:

—Yo... no estoy de acuerdo.

—Esto es más importante de lo que usted o yo pensamos—dijo Darius Pethel, comenzando a marcar el número—. Más importante que Sands y Cally Vale o cualquiera de nosotros. Aun habiendo muerto uno de los nuestros. Ni siquiera eso cuenta. ¿Sabe en qué estoy pensando? En la posible emigración. Usted vio la hierba en la mano de Erickson. Sabe lo que significa. Significa que la muchacha que hay al otro lado, o quienquiera que haya matado a Rick puede irse al diablo. Significa que cualquiera o todos nosotros juntos, nuestros sentimientos y nuestra vida si es necesario pueden emigrar.

Oscuramente, Stuart Hadley comprendió. O eso pensó.

Entonces dijo a Pethel:

—Pero es probable que la chica mate al próximo viajero.

—Deje que se ocupe IT de eso—indicó Pethel, lentamente—. Es problema de ellos. Tienen policía particular y guardias armados que usan en las patrullas de vigilancia; que los envíen primero a ellos.

Su voz continuó áspera:

—¿Qué les supone perder un par de hombres? La vida de millones de personas está en juego ahora. da cuenta, Hadley? ¿Comprende?

—Sí —respondió Hadley, asintiendo con la cabeza.

—Además—explicó Pethel, más calmado ahora—, el caso está legítimamente dentro de la jurisdicción de IT, porque ocurrió en uno de sus transcursores. Fue un accidente; piense que ha sido eso. Entre un de entrada y otro de salida. Inevitable, tremendo. Como es natural, la compañía debe saberlo.

Volvió la espalda a Hadley, concentrándose en el videófono.

—Estoy tramando algo—informó Salisburv Heim al candidato presidencial Jim Briskin— que no le va a gustar. He estado hablando con George Walt.

En el acto, Jim Briskin exclamó:

—No hay trato. No con ellos. Sé lo que quieren y me opongo, Sal.

—Si no negocias con George Walt —afirmó Jim—, tendré que renunciar a ser tu asesor. Desde ese discurso de recreación planetaria, simplemente no aguanto más. Las circunstancias se presentan muy mal para nosotros, tal como están no podemos, encima, permitir que George Walt se pongan en contra nuestra.

—Aún no te has enterado—señaló Jim Briskin después de una pausa— de algo peor. Ha llegado un telegrama de Bruno Mini. Está encantado con tu discurso y viene hacia aquí, según sus palabras para aunar esfuerzos.

Heim insinuó:

—Pero todavía estás a tiempo de...

—Mini ya ha hablado con los corresponsales de los periódicos. Es demasiado tarde para echarse atrás. Lo siento.

—Vas a perder.

—De acuerdo. Perderé entonces.

—Lo que me saca de quicio —expresó Heim amargamente—es que, aun si ganas las elecciones no podrás hacer todo lo que te propones; un hombre no puede alterar tanto las cosas. El satélite Salón de los placeres continuará existiendo; los i continuarán existiendo y también Nonovulid y consejeros de abortos: podrás hacer alguna que otra modificación, pero no...

Dejó de hablar porque Dorothy Gill había entrado buscando a Jim.

—Hay una llamada para usted, señor Bris —anunció la joven—. La persona dice que es urgente, pero que no va a quitarle mucho

tiempo. También dice que usted no le conoce, así que no ha dado su nombre.

Y agregó:

—Es Col. Si eso le ayuda a identificarle.

—Pues no—dijo Jim—. Pero le atenderé de todos modos.

Se alegraba de poder interrumpir la conversación con Sal; a su rostro asomaba el alivio.

—Traiga el videófono aquí, Dotty.

—Sí, señor Briskin.

Desapareció y al instante estuvo de vuelta con el rato.

Jim le dio las gracias. Luego presionó un botón y al soltarlo, la pantalla del videófono se iluminó. En ella se formó el rostro moreno y agradable de un hombre de ojos penetrantes, bien vestido y evidentemente agitado.

—¿Quién es éste?—se preguntó Sal Heim—. Yo lo conozco. He visto su fotografía en alguna parte. Luego identificó al hombre. Era el famoso investigador neoyorquino que trabajaba para Myra Sands; un hombre llamado Tito Cravelli, un individuo duro. ¿Para qué quería a Jim?

La imagen de Tito Cravelli comenzó a hablar:

—Señor Briskin, tengo mucho interés en almorzar con usted. En privado. Hay algo que quiero proponerle a solas que es de vital importancia para usted. Tan vital que nadie más debe estar presente.

"Puede ser un intento de asesinato—pensó Sal—. Algún fanático de ASEO enviado por Verne el y su pandilla de petimetres."

—Es mejor que no vayas, Jim—recomendó en voz alta.

—Tal vez, pero de todos modos iré —declaró y mirando a la pantalla, preguntó—: ¿En dónde y a qué hora?

Tito Cravelli repuso:

—Hay un pequeño restaurante en el barrio bajo de Nueva York, en la manzana número quinientos en la Quinta Avenida; suelo comer siempre allí: la comida es hecha a mano. Se llama Scotty's Place. ¿Qué le parece? Digamos a las trece, hora de Nueva York.

—Aceptado—dijo Jim—. En Scotty's Place trece. He estado otras veces allí. Atienden bien a los Cols.

—Todo el mundo atiende bien a los Cols, estoy entre ellos—aseguró Tito, cortando la comunicación. La pantalla se oscureció.

—Esto no me gusta nada—manifestó Sal Heim.

—De todos modos, estamos en bancarrota recordó Jim, sonriendo lacónicamente—. ¿No lo decías hace un minuto? Creo que ha llegado el momento de intentarlo todo. De probar cualquier cosas, incluso ésta.

—¿Qué le diré a George Walt? Están esperando. Quedamos en que yo organizaría una visita tuya al satélite dentro de las veinticuatro próximas horas o sea, antes de las nueve de esta noche.

Antes de continuar, Sal Heim sacó su pañuelo y se enjugó la frente:

—A partir de entonces...

—A partir de entonces—prosiguió Jim por él— emprenderán una campaña sistemática contra mí.

Sal asintió.

—Puedes comunicar a George Walt—dijo kin—que en el discurso que pronunciaré hoy en Chicago voy a comenzar abogando por la clausura del satélite. Y si salgo elegido...

—Ya lo saben—mencionó Sal—. Hay un informante.

—Siempre hay un informante —puntualizó sin perturbarse en lo más mínimo.

Sal llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta y extrajo un sobre lacrado.

—Aquí tienes mi renuncia.

Hacía tiempo que la llevaba consigo.

Jim Briskin aceptó el sobre; lo guardó sin abrirlo. Confío en que escucharás el discurso de esta tarde, Sal—expresó—. Va a ser muy importante.

Sonrió tristemente a su ex asesor de campaña; la pena que le causaba la ruptura de aquella relación se reflejaba en los profundos surcos de su rostro, la escisión había tardado en producirse; pero estaba en la atmósfera desde sus primeras discusiones.

No obstante, Jim estaba dispuesto a continuar de todos modos. Y a hacer lo que debía ser hecho.

Mientras volaba en un taxi hacia Scotty's Place, Briskin pensaba:

"Por lo menos ahora no tengo que tomarle el pelo a Furton Sands; no tengo por qué seguir las indicaciones de Sal en ningún sentido, puesto que si ya no es mi asesor, no puede decirme lo que debo hacer." En cierto modo era un alivio. Pero a un nivel profundo, Jim Briskin se sentía muy infeliz.

"Voy a tener problemas desenvolviéndome sin la ayuda de Sal—comprendía—. No quiero seguir adelante sin él..."

Pero ya estaba hecho. Sal, con su esposa Patricia, había ido a su casa en Cleveland, a tomar un siempre postergado descanso. Y Jim Briskin, junto a su escritor de discursos, Phil Danville, y su secretaria de prensa, Dorothy Gill, viajaba en dirección opuesta hacia el centro de Nueva York, con sus pequeños comercios y restaurantes, sus viejos y decadentes edificios de apartamentos y todas sus anticuadas oficinas microscópicas, donde continuamente tenian lugar las transacciones más peculiares y ocultas; un mundo que intrigaba a Briskin, pero también un mundo que apenas conocía; había estado apartado de él la mayor parte de su vida.

Phil Danville, que estaba sentado a su lado, habló:

—Puede ser que regrese, Jim. Tú sabes cómo se pone Sal cuando está saturado de problemas, estalla y cae en pedazos. Pero después de haraganear una semana...

—Esta vez no será así—afirmó Jim—. La separación es irreversible.

—A propósito —comentó Dorothy—. Antes de irse, Sal me dijo quién es el hombre que va a encontrarse con usted. Sal le reconoció. ¿No se lo ha dicho? Es Tito Cravelli, el detective de Myra Sands.

—No lo sabía—repuso Jim.

Sal no le había dicho nada. El tiempo en que Heim le brindaba los beneficios de su experiencia había concluido.

Se detuvo brevemente en la sede republical-liberal de Nueva York para dejar a Phil Danville y a Dorothy Gill, y luego siguió solo a encontrarse con Tito Cravelli.

Cuando llegó a Scotty's Place, Cravelli estaba esperándole, nervioso y algo fuera de sí, en una cabina al fondo del restaurante.

—Gracias, señor Briskin —dijo Tito Cravelli mientras Jim se sentaba frente a él— apuró el resto de café que quedaba en su taza y expiicó—: Seré breve; lo que pido a cambio de mi información es mucho. Quiero su promesa formal de que cuando le elijan presidente, porque gracias a esto le elegirán, me dará un puesto en su gabinete.

Luego quedó en silencio.

—Hombre—observó Jim, suavemente—. ¿No quiere nada más?

—Me lo he ganado—manifestó Cravelli—. Por haberle conseguido esta información. Tuve acceso a ella a través de alguien que trabaja para mí en...

Se interrumpió de súbito y especificó:

~Quiero el cargo de secretario de Justicia. Creo que podré desempeñarlo bien... Creo que seré un buen secretario de Justicia. Y si no, usted puede despedirme. Pero primero tendrá que darme la oportunidad de probar.

—Dígame cuál es su información. No puedo prometerle tal cosa sin saber de qué se trata.

Cravelli vaciló:

—Una vez que se la haya dicho... No, no es necesario— usted es honesto, Briskin. Todo el mundo lo sabe. Bien, hay un camino para que pueda desembarazarse del problema de los bibs. Puede ponerlos de nuevo en actividad, en plena actividad.

—¿Dónde?

—Aquí no—respondió Cravelli—. En la Tierra no. Un hombre que trabaja para mí y que descubrió esto de un empleado de Investigaciones Terran. ¿Qué le sugiere eso?

Después de una pausa, Jim Briskin contestó:

—Que han conseguido abrir una brecha.

—Ellos, no. Ha sido una pequeña firma. Un revendedor de Kansas City, mientras reparaba un transcursor instantáneo. La abrieron ellos; o mejor dicho, la encontraron, la descubrieron. El transcursor está ahora en IT; los ingenieros de la fábrica están estudiándolo. Se lo llevaron al Este sin perder tiempo apenas el revendedor les avisó. Sabían lo importante que era. Tan bien como usted o yo o mi hombre, el vendedor.

—¿Adónde conduce la grieta? ¿A qué período?

—A ningún período de tiempo. Evidentemente. La conversión parece haberse dado en términos espaciales, según se ha podido determinar. Un planeta con una masa casi igual a la de la Tierra, atmósfera similar, fauna y flora bien desarrolladas, pero no es la Tierra: han conseguido una fotografía del cielo y sobre ella han realizado una lectura estelar. Dentro de unas horas habrán trazado una carta

celeste exacta y sabrán a qué sistema pertenece. Aparentemente está a una distancia enorme de aquí. Demasiado lejos para que nuestras naves espaciales intenten llegar allí, por lo menos durante unos cuantos años. Esta grieta, este paso directo, tendrá que ser utilizado cuanto menos durante dos décadas más.

La camarera llegó en busca de la petición de Jim.

—Un Perkin's Syn-Cof—pidió éste, distraído.

La camarera se fue.

—Cally Vale está allí—dijo Cravelli.

—¡¿Qué?!

—El doctor la llevó. Esa es la causa de que el vendedor se pusiera al habla conmigo; como usted sabrá, yo estaba contratado para encontrar a Cally y hacer que se presentara a declarar en el juicio. Es un lío; disparó con láser a un empleado del el vendedor de Kansas City, su único y extraordinario técnico en transcursores. Había pasado al otro lado para explorar. Lástima por él. Pero en el marco de todas las cosas...

—Sí —concedió Jim Briskin. Cravelli tenía razón; era en realidad un precio mínimo. Estando en juego tantos millones de vidas y tantos otros millones potencialmente.

—Como era de esperar, IT ha declarado todo esto ultrasecreto. Ha extendido una amplia red de seguridad. Yo he sido muy afortunado al enterarme. Si no hubiera tenido desde antes a ese hombre allí...

Terminó la frase con un gesto.

—Le daré el cargo que me pide—prometió Jim—Secretario de Justicia. No me parece el más indicado, pero creo que es justo.

"Vale la pena—se dijo—. Cien veces. Para mí y para cualquier otro ser sobre la Tierra, bibs y no bibs todos por igual."

Desbordando alivio y regocijo, Tito Cravelli exclamó:

—¡Maravilloso! ¡No puedo creerlo! ¡Es estupendo!

Extendió su mano para estrechar la de Jim, pero no se dio cuenta. Su mente estaba demasiado ocupada como para pensar en felicitar a Tito Cravelli. Pensó: "Sal Heim se fue demasiado pronto. Debía haberse quedado." Ahí la intuición política de Sal Heim; en el momento crucial le había fallado.

Sentada en su oficina, la consejera Myra Sands, leía una vez más el breve informe de Tito Cravelli. Pero ya, al otro lado de su ventana, la máquina de noticias de uno de los periódicos más importantes había dado la primicia de que Cally Vale había sido encontrada; la policía ya lo había hecho público.

"No creí que Tito lo lograra —se dijo Myra—. Estaba equivocada. Se ha ganado el sueldo, por alto que sea".

Enseguida se regodeó, pensando: "Será un gran juicio."

De una oficina cercana, probablemente la firma de corretajes de la puerta contigua, se escuchó amplificado el sonido de una voz de hombre, luego descendió a un volumen más razonable. Alguien había encendido el televisor y veía al candidato presidencial republicano-liberal pronunciar su último discurso.

"Tal vez yo también debiera escucharlo", pensó Myra, y se decidió a encender el televisor de su escritorio.

La pantalla se iluminó y en ella aparecieron los oscuros y acentuados rasgos de Jim Briskin. Myra hizo girar su silla en dirección al aparato, dejando de lado, por el momento, el informe de Tito. Al fin y al cabo, cualquier cosa que dijera James Briskin se había vuelto importante; fácilmente él podría el próximo presidente.

—...Una acción inicial de mi parte—decía Briskin—, y que muchos de vosotros podréis reprochar pero que es muy cara a mis sentimientos, será iniciar una acción legal en contra del satélite llamado Salón de los placeres. He reflexionado mucho sobre este propósito; la mía no es una decisión apresurada, por el contrario, mucho más vital que eso, creo que veremos al satélite Salón de los placeres convertido en algo totalmente inocuo. Eso será lo mejor. El rol de la sexualidad en

nuestra sociedad podrá retornar a su cauce biológico: como medio hacia la procreación antes que como un fin en sí mismo...

"¿De veras?—pensó Myra, jocosamente—. ¿Y como?"

—Voy a daros parte de una noticia, de la que ninguno de vosotros ha oído hablar—continuó Briskin—. Provocará en vuestras vidas un cambio fundamental tan grande, de hecho, que es imposible que alguien pueda prever su alcance en este momento. Finalmente, se abre para nosotros una nueva posibilidad de emigración. En Investigaciones Terran, la...

En el escritorio de Myra, el videófono comenzó a sonar. Myra, maldiciendo por la interrupción, bajó el volumen del televisor y tomó el receptor.

—Habla la señora Sands—dijo—. ¿Podría volver a llamar dentro de unos minutos, por favor? Gracias. Estoy terriblemente ocupada ahora.

Era Art Chaffy, el joven moreno.

—Queríamos saber qué ha decidido usted—farfulló en tono de disculpa, pero sin cortar la comunicación—. Es muy importante para nosotros, señora Sands.

—Sé que lo es, Art—arguyó Myra—. Pero si pudieras aguardar algunos minutos, tal vez media hora...

Se esforzaba por escuchar lo que James Briskin decia en el televisor. Apenas podía desentrañar el murmullo de palabras. ¿Cuál era la noticia? ¿Adónde iban a emigrar? ¿A una zona virgen?

"Bueno, no podía ser de otro modo —reflexionó Myra—. Pero, ¿dónde es? ¿Va a extraer este mundo virgen de la manga, como por arte de magia, Briskin? Porque si es así, querría ver cómo lo hace, valdría la pena el espectáculo."

—De acuerdo —respondió Art Chaffy—. Llamaré más tarde, señora Sands. Y discúlpeme por haberla molestado.

Colgó.

—Deberíais estar escuchando el discurso de Briskin—observó Myra, a media voz, mientras hacía rodar su silla hacia el televisor, e inclinándose, movió el control del volumen—. Vosotros más que nadie. La voz de Briskin tenía ahora un nivel claramente mayor.

—...Y según los informes de que dispongo—decía gravemente—, tiene una atmósfera casi idéntica a la de la Tierra, a la vez que su masa es similar

"¡Dios mío!—se dijo Myra, afligida—. En ese caso me quedaré sin trabajo. Nadie volverá a precisar a los agentes de mi especialidad. Pero francamente me alegro igual. Es una tarea que querría ver cumplida. De una vez por todas."

Con las manos tensas, escuchó el resto del trascendental discurso de James Briskin desde Chicago.

"¡Caramba! —exclamó para sí—. Este descubrimiento es un trozo de historia viva. Si es cierto. Si no es sólo un truco propagandístico."

En algún lugar dentro de ella, sabía que era verdad. Porque Jim Briskin no era la clase de persona que podía inventar algo así.

En la sucursal de Oakland, California, del Ministerio de Bienestar Social Especial, Herbert Lackmore también escuchaba el discurso del candidato presidencial Jim Briskin desde Chicago, transmitido por todos los canales de televisión desde el satélite.

"Esta vez le elegirán—comprendió Lackmore—. Tal como temía, tendremos por fin un presidente Col. Y si lo que dice es cierto, esto de la emigración a un mundo virgen con fauna y flora similares a de la Tierra, significa que despertarán a todos los bibs. De hecho—caía en la cuenta con un dejo de temor—, quiere decir que no habrá más bibs. Ni uno más.

También significaba que el trabajo de Herb Lackmore llegaría a su fin. Y en seguida.

"Por culpa suya —dijo Lackmore para sí— quedaré sin trabajo; igual que todos los Cols que llegan aquí día y noche. Seré como uno de esos adolescentes mexicanos o portorriqueños que no tienen perspectivas

ni ilusiones. Todo lo que he logrado en años y años de trabajo, desbaratado por esto. Completamente."

Los dedos temblorosos de Herb Lackmore buscaban en las páginas de la guía telefónica local.

Era el momento de hablar—y unirse—a la organización de Verne Engel, autodenominada ASEO.

Porque ASEO no se quedaría con los brazos cruzados ante una eventualidad de tal naturaleza; no si pensaban como él.

Era el momento de que ASEO interviniera. Y no necesariamente de un modo pacífico; era demasiado tarde para usar medios no violentos. Ahora se imponía algo más. Mucho más. La situación había dado un vuelco terrible y se hacía necesario rectificarla por medio de una acción rápida y directa.

"Y si ellos no quieren —pensó Lackmore—, lo haré yo. No tengo miedo; sé cómo hacerlo."

El rostro de Jim Briskin aparecía decidido cuando dijo desde la pantalla de televisión:

—...Proporcionará una solución natural a las presiones que ejerce la sociedad sobre cada uno de nosotros. Podremos elegir con libertad al menos...

—¿Sabes lo que esto significa?—preguntó George a su hermano Walt.

—Sí, lo sé—respondió Walt—. Que ese imbécil de Sal Heim no consiguió absolutamente nada de lo que habíamos acordado. Tú sigue mirando a Briskin; yo hablaré con Verne Engel y concertaré ciertos arreglos con él. Es un sujeto en quien podemos confiar.

—De acuerdo—aceptó George, asintiendo con la cabeza compartida.

Mantuvo su ojo fijo en el televisor, mientras su hermano marcaba el número en el videófono.

—Todo ese cotorreo inútil con Sal Heim—refunfuñó Walt, callándose cuando su hermano le codeó señalándole que quería escuchar a Briskin—. La culpa...

Volvió su ojo a la pantalla del videófono.

En la puerta de la oficina apareció Thisbe con una túnica de piel de cervatillo que alternaba con franjas de magnífica transparencia.

—Ha regresado el señor Heim—informó a los hermanos—. Para veros. Parece abatido.

—No tenemos nada que hablar con él—señaló con ira George.

—Dígale que se vaya a la Tierra—agregó Walt. Y a partir de este momento, el satélite estará cerrado para él; no podrá visitar a ninguna de nuestras chicas, no importa lo que ofrezca. Hay que dejarle morir como un miserable, consumido por la frustración. No se merece otra cosa.

George le recordó ácidamente:

—Heim no necesitará venir a nosotros, si Briskin está diciendo la verdad.

—Claro que está diciendo la verdad—afirmó Walt—. Es demasiado tonto para mentir; no sabe hacerlo.

Su llamada se había conectado a un circuito privado. En la pantalla del videófono apareció la imagen de uno de los sirvientes personales de Verne Engel, vestido con el brillante uniforme plateada verde de ASEO.

—Póngame directamente con Verne —ordenó Walt, usando la boca común justo cuando George iba a añadir más advertencias a Thisbe—. Dígale que le habla Walt, desde el satélite.

—Vete de aquí—dijo George a Thisbe, cuando Walt terminó de hablar—. Estamos ocupados.

Thisbe clavó su mirada en él y luego cerró la puerta tras de sí.

El rostro enjuto y vacilante de Verne Engel cobró vida en la pantalla.

—Veo que por lo menos la mitad de vosotros está siguiendo ese populachero sermón de Briskin—apuntó Engel—. ¿Cómo habéis decidido quién de vosotros me llamaba y quién escuchaba a ese Col?

Sus falsos rasgos se contrajeron en una mueca despectiva.

—Oiga, ya está bien de bromas—protestaron simultáneamente George Walt.

—Disculpadme. No quise ofenderos—adujo Engel sin cambiar su expresión—. Bueno, ¿en qué puedo serviros? Sed breves, por favor; yo también quiero escuchar esa perorata.

—Usted va a precisar ayuda —dijo Walt a Engel—. Si es que piensa detener a Briskin ahora. Este discurso lo va a encumbrar y no creo que las transmisiones que habíamos planeado para combatirle sean suficientes. El discurso es condenadamente inteligente. ¿No crees, George?

—No cabe duda—repuso George, con el ojo fijo el televisor—. Y mejora a cada instante. Apenas está empezando; es muy persuasivo el maldito.

Con su ojo fijo en la pantalla del videófono, Walt continuó:

—Ha oído cómo nos ha atacado Briskin; debe haber escuchado esa parte... Es seguro que todo país la ha oído. La recreación planetaria no era suficiente; también tenía que emprenderla con nosotros. Planes muy ambiciosos para un Col, pero es evidente que tanto él como sus asesores creen que puede cumplirlos Veremos. El momento es crucial. ¿Qué piensa hacer usted, Engel?

—Tengo mis planes—aseguró Engel—. Tengo mis planes.

—¿Aun piensa en la no violencia?

No hubo respuesta verbal, pero el rostro de Engel se contrajo sospechosamente.

—Venga al Salón —propuso Walt—, y aquí hablaremos. Creo que mi hermano y yo podremos hacer una donación a ASEO, del orden de los diez u o millones, digamos. ¿Será suficiente? Con ese dinero debería poder comprar lo que necesita.

Pálido por la conmoción, Engel tartamudeó:

—Seguro, George o Walt, quienquiera que sea.

—Entonces, suba lo antes posible—indicó Walt y colgó, diciendo a su hermano—: Creo que él lo hará por nosotros.

—Un tarado así no puede hacer nada bien—objetó George, con amargura.

—¿Qué diablos quieres que hagamos, entonces? —inquirió Walt.

—Haremos lo que se pueda. Ayudaremos a Engel, le incitaremos, le obligaremos, si hace falta. Pero no podemos cifrar nuestras esperanzas en él. No por completo, por lo menos. Debemos hacer algo por nuestra cuenta para asegurarnos. Es imprescindible asegurarnos; esto es muy serio. Ese Col está en verdad decidido a clausurarnos el negocio.

Ambos ojos se volvieron hacia la pantalla del televisor, y ambos, George Walt, se sentaron en su especialmente ancho canapé para escuchar el discurso.

En el lujoso apartamento que poseía en Reno, doctor Lurton Sands escuchaba, absorto ante su televisor, el discurso que el candidato Col, James Briskin dirigía desde Chicago. Sabía muy bien lo que significaba para él. Sólo había un lugar al que Briskin pudiera referirse como "un mundo lozano y virgen".

Obviamente, Cally había sido hallada.

Lurton Sands fue hasta su escritorio, cogió una pistola láser y la deslizó en el bolsillo de su chaqueta.

"Me sorprende que pudiera hacerlo —pensó—. Beneficiarse a costa de perjudicarme: evidentemente le he subestimado. Ahora, todas las vidas que yo podría haber salvado se perderán. Por causa de esto. Briskin es el responsable..., me ha quitado de las manos el poder de curar, ha debilitado las fuerzas que trabajan por el bien del hombre."

Sands llamó por videófono a una compañía local e taxis a reacción:

—Quiero un taxi para ir a Chicago—pidió—. Lo más rápido posible.

Dio su dirección y salió apresurado hacia el ascensor.

"Myra, sus detectives y los periódicos tienen otro cómplice para asediarnos a Cally y a mí. Ahora se les ha unido Briskin. ¿Cómo ha podido ponerse de su lado? ¿No he demostrado claramente lo que soy capaz de hacer al servicio de las necesidades del hombre? Briskin tiene que estar al corriente; esto no puede ser mera ignorancia por su parte."

Sands, frenético ya, se preguntó:

"¿Será posible que Briskin quiera que los enfermos mueran? Toda esa gente que aguarda que yo acuda a ellos, que necesita de mi ayuda..., ayuda que después de mi muerte nadie más podrá brindarles."

Palpando la pistola láser que llevaba en el bolsillo, dijo en voz alta, sombrío:

—¡Qué fácilmente te equivocas respecto a otras personas!

"Pueden engañarte con tanta facilidad —pensó— o desorientarte deliberadamente. ¡Deliberadamente, sí!"

El taxi a reacción llegó a toda velocidad, se detuvo junto al bordillo y sus puertas se deslizaron hacia atrás.

Cuando terminó su discurso, Jim Briskin se acomodó en la butaca y supo que esta vez, por lo menos, había hecho un excelente trabajo.

Había sido el mejor discurso de su carrera política, y en algunos aspectos, el único en verdad decente.

"Y ahora, ¿qué?—se preguntó—. Sal se ha ido y junto con él, Patricia. He agraviado a los poderosos e inmensamente ricos hermanos George Walt por no mencionar a Thisbe. Y los de Investigaciones Terran, que tampoco son poca cosa, se pondrán furiosos por haber divulgado lo de la brecha. Pero nada de esto importa. Tampoco el hecho de verme obligado a nombrar a un conocido detective secretario de Justicia; ni siquiera eso cuenta. Mi deber era pronunciar este discurso, apenas Tito trajo la información. Y es exactamente lo que hecho. Al pie de la letra. Pase lo que pase."

Llegando hasta él, Phil Danville le dio unas palmadas calurosas en la espalda.

—Fue un magnífico alboroto, Jim —le felicitó—. Te has lucido.

—Gracias, Phil—murmuró Jim.

Estaba cansado. Saludó con un gesto a los cámaras, y junto a Danville, marchó a reunirse con la camarilla del partido, que aguardaba al fondo del estudio.

—Necesito un trago—les dijo, mientras varios le extendían sus manos, deseosos de estrecharla . Después de lo que he dicho...

"Me pregunto qué hará la oposición —se dijo— ¿Qué dirá Bill Schwarz? Nada, ¿qué puede decir? He corrido el velo de la cuestión y no voy a echarme atrás. Ahora que todos saben que hay un lugar al que podemos emigrar, el traslado se pondrá en marcha. Por multitudes. Gracias a Dios, los almacenes estarán vacíos. Como debieron estarlo desde hace años."

"Ojalá hubiera sabido esto antes de promocionar las técnicas de recreación planetaria de Bruno Mini. Podía haberlo evitado..., lo mismo que la ruptura con Sal. Pero de todos modos —se tranquilizó— seré elegido."

Dorothy Gill le dijo suavemente:

—Jim, creo que ha triunfado.

—Claro que sí—aseguró Phil Danville, sonriendo satisfecho—. ¿Qué tal, Dotty? Ya no estamos como hace un rato, ¿eh? ¿Cómo consiguió esa información sobre IT Jim? Debe de haberle costado...

—Ya lo creo—repuso Jim, brevemente—. Me ha costado mucho. Pero recuperaré el costo con creces.

—Y ahora, tomemos un trago—señaló Phil. Hay un bar en la esquina; lo he visto cuando venía hacia aquí. Vamos.

Se dirigió hacia la puerta y Jim Briskin le siguió con las manos en los bolsillos.

Descubrió que la acera estaba atestada de gente. Una multitud que le saludaba y vitoreaba; devolvió el saludo, al tiempo que observaba que entre los entusiastas había tantos blancos como Cols.

"Buen síntoma", pensó, mientras el grupo se movía con lentitud hacia el bar que Phil Danville había mencionado, a través del camino abierto por la policía de Chicago entre la densa turba. Una muchacha pelirroja, muy pequeña, que llevaba un deslumbrante traje holgado propio de chicas del Salón de los ptaceres, llegó con presteza hasta Jim, forcejeando y escurriéndose entre los presentes.

—Señor Briskin...—llamó.

Jim se detuvo con desgana, preguntándose que sería y qué querría. Era una de las chicas de Thisbe Olt, seguramente.

—Dígame—manifestó Briskin, sonriéndole.

—Señor Briskin—expuso la pequeña pelirroja. En el satélite corre un rumor; George Walt están tramando algo con Verne Engel, el sujeto de ASEO.

Cogió a Jim por el brazo, asiéndole con fuerza para detenerle.

—...Planean asesinarle, o algo así. Cuídese, por favor.

Su rostro estaba tenso por el temor.

—¿Cómo se llama usted?

—Sparkey Rivers. Yo... trabajo allí, señor Briskin.

—Gracias, Sparkey—dijo Jim—. No te olvidaré. Tal vez algún día te dé un cargo en el gabinete.

Continuó sonriéndole, pero ella no devolvió la sonrisa.

—Sólo estoy bromeando —aclaró Briskin—. No estés tan preocupada.

—Creo que van a matarle—insistió Sparke.

—Tal vez—repuso Jim, encogiéndose de hombros.

Era muy posible que lo hicieran. Se inclinó levemente hacia delante y besó a la chica en la frente.

—Cuídese usted también—agregó y continuó andando junto a Phil Danville y Dorothy Gill.

Después de unos instantes, Phil le preguntó

—¿Qué piensas hacer, Jim?

—Nada. ¿Qué puedo hacer? Esperar, nada más. Apurar mi trago.

—Debería buscar protección—insinuó Dorothy—. Si algo le ocurriera..., ¿qué haríamos nosotros? ¿Qué sería del resto de nosotros?

Jim declaró:

—La posibilidad de emigración quedará en pie, aún sin mí. Podréis despertar a los durmientes. Como la Cantata 140 de Bach, *Despierta, la voz nos llama*. Esa debe ser vuestra consigna, de ahora en adelante.

—Este es el bar—señaló Phil Danville.

Frente a ellos, un guardia uniformado mantenía la puerta abierta. Entraron uno por uno.

—Fue maravilloso que esa muchacha me previniera—observó Jim.

Cerca de él, una voz masculina le interrogó:

—¿El señor Briskin? Soy Lurton Sands hijo. Tal vez haya leído sobre mí en los periódicos.

—¡Oh, sí! —respondió Jim, sorprendido, extendiendo su mano como bienvenida—. Me alegro de verlee, doctor Sands. Querría...

—¿Me permite hablar, por favor? —le cortó Sands—. Debo decirle algo. Por culpa suya se han dañado mi vida y mi trabajo humanitario de dos vidas. No conteste; no quiero discutir con usted. Sólo se lo digo, para que comprenda el porqué. Sands echó mano a su bolsillo Ahora tenía la ola láser directamente apuntada al pecho de Jim Briskin.

—No alcanzo a comprender —puntualizó— qué acto de mi dedicación a los enfermos ha podido dolerle, haciéndole volverse en contra mía; pero todos lo están, ¿por qué no usted?

Apretó el gatillo de la pistola. El arma no disparó Lurton Sands bajó hacia ella sus ojos incrédulos.

—Myra, mi mujer —dijo, como disculpándose— Ha quitado la cápsula de energía. Sin duda ha creído que la usaría contra ella.

Arrojó la pistola a un lado.

Hubo un instante de silencio y luego Briskin dijo con sequedad:

—Bien, doctor, ¿y ahora qué?

—Nada, Briskin. Nada. Si hubiera tenido más tiempo, hubiera podido cerciorarme de que la pistola tenía su carga, pero tuve que apurarme para llegar aquí antes de que usted partiera. Su discurso ha sido en verdad heroico; ciertamente a mucha gente causará la impresión de que pretende aliviar los problemas de la humanidad... Desde luego, usted y yo sabemos que no es así. Dicho sea de paso..., sabe usted

que no va a poder despertar a todos los bibs, no podrá realizar del todo esa tarea, porque algunos están muertos. Yo soy el responsable de eso. Sobre cuatrocientos, aproximadamente.

Jim Briskin le miró asombrado.

—Así es—afirmó Sands—. He tenido acceso a los almacenes del MBSE. ¿Sabe lo que eso significa? Cada órgano que he tomado ha dado lugar a un hombre muerto..., o que no podrá vivir cuando le llegue el turno. Pero supongo que tarde o temprano debía ocurrir.

—¿Sería capaz de hacer eso?—preguntó Jim Briskin.

—Ya lo he hecho —corrigió Sands—. Pero recuerde esto: sólo he matado potencialmente. Mientras que, en cambio, he salvado a los que sufren ahora, a los que están vivos y conscientes en el presente, a los que dependen en exclusiva de mi habilidad.

Dos hombres de la policía de Chicago se abrieron paso hacia él; el doctor Sands se apartó con brusquedad, irritado, pero los guardias le cogieron, llevándole entre ellos.

Blanco por el susto, Danville observó:

—Ahí lo tienes, Jim. Casi fue eso, ¿no? La historia se repite.

Durante el incidente, se había interpuesto entre y Sands, protegiendo a Briskin.

—Sí —alcanzó a decir Jim.

Su boca estaba seca. Se sentía resignado. Si bien Lurton Sands no había podido asesinarle, llegado el momento, cualquier otro podría hacerlo. Era demasiado fácil. La tecnología de las armas se había perfeccionado asombrosamente en los últimos cien años; cualquiera lo sabía: el asesino ni siquiera tenía que estar en la zona. Igual que un acto de magia diabólica, podía hacerlo a distancia. Los instrumentos eran baratos y estaban al alcance de cualquiera... incluso, de acuerdo con la historia, de cualquier ignorante, de alguien insignificante y despreciable, sin amigos, dinero o un propósito fanático o convicción política que le justificara.

El episodio con Lurton Sands no era más que un mero presagio.

—Bien —murmuró Phil Danville, suspirando—. Creo que debemos continuar. ¿Qué quieres tomar?

—Un Black Russian—decidió Jim—. Vodka y...

—Sí, ya sé—interrumpió Phil. Su rostro estaba aún marcado por el temor y la conmoción cuando dirigió al mostrador para pedirlo.

Jim se dirigió a Dorothy Gill:

—Si me mataran, habré cumplido ya mi tarea. No dejo de pensar en eso una y otra vez—dijo—. He puesto en público conocimiento la existencia de la brecha de IT y eso basta.

—¿Piensa eso en realidad? —preguntó Dorothy, mirándole sin parpadear—. ¿Es tan pesimista respecto a sus posibilidades?

—Sí—afirmó Jim. Tenía sus buenos motivos.

"Tengo el presentimiento —pensó— de que no es época para que un negro llegue a ser Presidente."

Los planes secretos de ASEO le llegaron por medio de un individuo llamado Dave De Winter. De Winter había ingresado en el movimiento durante sus comienzos, proporcionando informes a Tito desde entonces. Ahora, presurosamente, De Winter contaba a su jefe la más reciente—y urgente—noticia.

—Lo intentarán esta noche a última hora. El hombre que lo va a hacer no es miembro del partido. Su nombre es Herb Lackmore o Luckmore, y con el equipo que van a proporcionarle no necesita ser un tirador experto. El equipo, al que llaman *guijarro* fue financiado por George Walt, esos dos mutantes dueños del Salón de los placeres.

Tito Cravelli pensó:

"De esto depende mi cargo de secretario de Justicia."

—Ya entiendo—dijo—. ¿Dónde puedo encontrar a ese tal Lackmore?

—En su casa de Oakland, California. Probablemente comiendo; son más o menos las seis allí.

Tito extrajo de su caja de caudales un rifle láser desmontable, de poderoso alcance y mira telescópica; lo dobló y lo ocultó en su bolsillo. Aquel rifle era estrictamente ilegal, pero poco importaba ahora; lo que Cravelli intentaba hacer iba contra ley, con cualquier clase de arma que usara.

Pero ya era demasiado tarde para encontrar Lackmore o Luckmore, o como se llamase. Cuando Lackmore hubiera salido en dirección al Este para interceptar a Jim Briskin; sus vuelos, el de Lackmore y el suyo, se cruzarían. Sería mejor localizar a Briskin, quedarse cerca de él y atrapar a Lackmore cuando apareciera. Claro está que Lackmore no tenía por qué aparecer en el sentido más estricto de la palabra, teniendo el tipo de arma que le habían dado los hermanos mutantes. Podía estar a quince kilómetros del lugar... y alcanzar a Briskin.

"George Walt tendrán que disuadirle decidió Cravelli—. Es el único medio seguro..., pero es relativamente seguro. Debo ir al satélite. Ahora. Si que pretendo lograr algo."

Los gemelos George Walt no esperarían que fuera no estaban al corriente de sus tratos con Jim Briskin; contaba con eso. Además, en el satélite había tres personas que trabajaban para él; tres de las chicas. Esto le proporcionaba tres lugares distintos para esconderse mientras estuviera allí. Luego, después de haberse ocupado de George Walt, esos lugares podrían representar la diferencia entre salvarse o morir.

Claro está, eso sería si George Walt no quisieran llegar a un acuerdo con él, si prefirieran pelear. Si había lucha, perderían; Tito Cravelli era un tirador excepcional. Por otra parte, la iniciativa estaba de su lado.

¿Dónde se encontraba en aquel momento el Salón los placeres? Buscó en el periódico la página de retenimientos y espectáculos. Si estaba,

por decir lugar, sobre la India, no había esperanzas; no podría alcanzarlo a tiempo.

De acuerdo con el horario que figuraba en el periodico, el satélite Salón de los placeres estaba parado sobre Utah. Podía alcanzarlo en menos de una hora.

Tenía tiempo suficiente.

—Muchísimas gracias —dijo a Dave De Winter que estaba de pie, incómodamente en el centro la oficina, vestido con el uniforme plateado y verde de ASEO—. Regresa junto a Engel. Yo me mantendré en contacto contigo.

Dejó la oficina a toda prisa, descendiendo las escaleras hasta la planta baja.

En cuestión de minutos viajaba en dirección al satélite.

Cuando el taxi descendió sobre la plataforma del Salón de los placeres, Cravelli se precipitó por rampa, compró un billete a la rubia empleada desnuda y se lanzó velozmente hacia la entrada número cinco, buscando la puerta de Francy. Creía recordar que era la 705..., pero sus nervios le hicieron dudar. Quinientas puertas alineadas en un corredor tras otro... y alrededor suyo, por todas partes, los retratos animados de las muchachas, contoneándose y exhibiéndose, tratando de cautivar su atención, tentándole a disfrutar de mil placeres.

"Tendré que consultar el cartel indicador—decidió—. Me llevará un tiempo precioso, ¿pero qué otra solución me queda?"

Corrió febrilmente por un pasillo hasta llega un panel con indicaciones y señales luminosas y todos los nombres de las chicas, encendiéndose y apagándose según los cuartos se ocupaban o quedaban libres de clientes.

Era el 507 y estaba desocupado.

Cuando abrió la puerta, Francy le saludó y se incorporó, parpadeando, sorprendida de verle.

—Señor Cravelli —exclamó insegura—, ¿ocurre algo?

Su cuerpo suave estaba apenas cubierto por una blusa pálida de tela delgada y barata. Dejó la cama y fue hacia Tito.

—¿En qué puedo servirle? —murmuró—. ¿Está usted por...?

—No es por placer—le informó Tito—. Abróchate la maldita camisa y escucha. ¿Hay algún modo de que hagas venir aquí a George Walt?

Francy pensó un instante.

—Normalmente no visitan los cuartos —aseguró—. Yo...

—Supón que hubiera problemas. Un cliente que niega a pagar.

—No, aparecería un fornido guardián. George Walt vendrían si creyeran que el FBI o alguna otra policía hubiera llegado hasta aquí y estuviera arrestándonos.

La joven señaló un pulsador oscuro que había en la pared.

—Están aqui para esas emergencias—informó—. Tienen una fuerte neurosis con esta cuestión de la policía, creen que vendrá inevitablemente, de un momento a otro..., deben tener un gran complejo de culpabilidad. El pulsador está conectado directamente con su oficina.

—Úsalo—dijo Cravelli.

Extrajo el rifle de su bolsillo y, sentándose sobre cama de Francy, comenzó a montarlo. Pasaron los minutos.

Escuchando con atención junto a la puerta, Francy

preguntó:

—¿Qué es lo que va a pasar aquí, señor Cravelli? Espero que no...

—Calla—dijo Cravelli de modo tajante.

La puerta se abrió.

Los mutantes George Walt se detuvieron en la entrada, con una mano en el picaporte y las otras tres empuñando tres extraños trozos de metal tubular.

Tito Cravelli les apuntó con el rifle láser y anunció:

—No tengo intención de mataros a ambos, sólo a uno de los dos. Así dejaría al otro con medio cerebro muerto, un ojo muerto y un cuerpo en descomposición unido a él. No creo que eso os seduzca ¿Podéis amenazarme vosotros con algo igualmente desagradable? En verdad, lo dudo.

Hubo un silencio. Luego, uno de ellos—Tito no sabía cuál—inquirió:

—¿Qué..., qué es lo que quiere?

El rostro estaba demudado, lívido; los dos ojos miraron atónitos uno a Tito y el otro a su rifle.

—Pasad y cerrad la puerta —ordenó Tito Cravelli.

—¿Por qué?—preguntaron George Walt—. ¿Qué es lo que pretende?

—¡Entrad! —exclamó Tito, y esperó.

Los mutantes entraron. La puerta se cerró tras ellos. Se quedaron mirando a Tito, asiendo aún los trozos de metal.

—Habla George —dijo entonces la cabeza— ¿Quién es usted? Seamos razonables; si está disconforme con el servicio que ha recibido de esta mujer... No, hombre, ¿no ves que es un asalto a mano armada?

La cabeza se había interrumpido al apoderar el otro hermano del aparato vocal:

92

—Ha venido a robarnos—continuó—; ha traído el arma consigo, ¿comprendes?

—Vais a llamar a Verne Engel —indicó Tito—. Y él va a llamar a su pistolero, Herbert Lackmore. Todos vais a hacer que ese tal Lackmore deje lo que tiene entre manos y regrese. Lo haremos desde vuestra oficina; naturalmente, no podríamos llamar desde este cuarto. Tú, Francy ve delante de ellos; muéstrame el camino. De prisa, por favor; no nos sobra el tiempo.

En su interior, el esfínter pilórico comenzó a retorcerse por los espasmos; apretó los dientes y, por instante, cerró los ojos.

Un trozo de metal pasó silbando junto a su cabeza.

Tito Cravelli disparó con su rifle láser a George Walt. Uno de los dos cuerpos se contrajo, herido en el hombro.

—¿Veis? —observó Tito—. Sería terrible para aquel que sobreviviera.

—Sí—gimió la cabeza, meneándose torpemente, como una calabaza, de arriba abajo—. Haremos lo que nos diga, sea usted quien sea. Llamaremos a Engel; arreglaremos todo. Por favor.

Ambos ojos, cada uno fijo en un lugar distinto, parecían salirse de sus órbitas debido al miedo. El derecho, que estaba del lado que había recibido la herida del láser, se había vuelto opaco por el dolor.

—Así me gusta—dijo Tito.

"Aún puedo ser secretario de Justicia", pensó, intimándoles con el rifle láser, encaminó a George Walt hacia la puerta."

El arma con que había sido provisto Herb Lackmore contenía una costosa réplica de la masa encefálica de James Briskin. Sólo era necesario colocar el instrumento a menos de tres kilómetros de Bris kin, ensamblarle un manubrio y, por medio del conmutador, detonarla.

Lackmore había llegado a la conclusión de que era un mecanismo que causaba muy poca—o ninguna— satisfacción personal. No obstante, cumpliría su función; a la larga, era lo único que importaba.

Y sin duda le aseguraba la huida, o, por lo menos se la facilitaba considerablemente.

En aquel momento, las nueve en punto de la noche, Jim Briskin estaba en un cuarto del Galt Plaza Hotel, en Chicago, conferenciando con sus asistentes y consejeros; algunos piquetes de ASEO, que deambulaban frente al hotel de primerísima clase le habían visto entrar y habían dado parte a Lackmore.

"Me pregunto de dónde habrán salido los fondos para comprar este aparato —se decía Lackmore—. Porque estas cosas cuestan un montón de dinero"

Cuando minutos más tarde hacía los últimos preparativos, desde la acera en sombras surgieron unas siluetas macizas y erguidas que se acercaron al vehículo. Las siluetas llevaban uniformes verdes y plateados, que resplandecían tenuemente, como la luz de la luna.

Cautelosamente, con su aguzada suspicacia, Lackmore abrió la ventanilla de la micronave.

—¿Qué queréis?—preguntó a los dos miembros de ASEO.

—Salga —dijo con brusquedad uno de ellos.

—¿Por qué?

A Lackmore se le había helado la sangre. No se movió. No podía.

—Ha habido una alteración en los planes. Engel lo acaba de decir por el intercomunicador portatil. Tiene que entregarnos ese guijarro.

—No —dijo Lackmore.

ASEO se había rendido en el último momento. El no sabía con exactitud por qué, pero así era. El asesinato no se llevaría a cabo como estaba previsto: era todo lo que sabía, todo lo que le importaba. Rápidamente, comenzó a ensamblar el manubrio.

—¡Engel ha dicho que no lo haga!—gritó el hombre de ASEO—. ¿Entiende?

—Entiendo—repuso Lackmore y tanteó, buscando el detonador.

La puerta de su vehículo se abrió de golpe. Uno de los hombres le cogió por el cuello, le sacó de un tirón del asiento y le arrastró, golpeándolo y pateándolo, desde la nave hasta la acera. El otro le arrebató el guijarro y, con mucha rapidez y pericia, desenroscó el detonador de la costosa arma.

Lackmore luchaba y se resistía. No se daba por vencido.

Más le hubiera valido hacerlo. El hombre de ASEO que tenía el guijarro ya había desaparecido en la oscuridad de la noche; se había esfumado con el arma. El guijarro y los acariciados proyectos de Lackmore se habían malogrado.

—Te mataré —resollaba inútilmente Lackmore intentando zafarse del corpulento hombre de ASEO.

—Tú ya no matarás a nadie—respondió el hombre, apretando cada vez más el cuello de Lackmore. No era una pelea igualada. Herb Lackmore estaba desventaja. Había permanecido demasiados años con los brazos cruzados detrás de un escritorio y un mostrador del gobierno.

Lentamente, con evidente placer, el hombre de ASEO le hizo picadillo. Para ser un supuesto devoto del culto a la no violencia, era sorprendente lo bien que lo hizo.

Desde la oficina de los mutantes, con su mullida alfombra de pelusa de escarabajo de Titán, Tito Cravelli llamó por videófono a Jim Briskin, al Gal Plaza Hotel de Chicago.

—¿Cómo está? ¿Bien?—le preguntó.

Una de las enfermeras del satélite Salón de placeres procuraba en vano curar al gemelo herido que trabajaba en silencio bajo la vigilancia de Cravelli, que sostenía su rifle láser, y de Francy que estaba junto a la puerta con una pistola que Tito había encontrado en el escritorio de los mutantes.

—Estoy perfectamente bien —respondió Briskin sorprendido.

Era evidente que podía ver a George Walt detrás de Cravelli.

Tito dijo:

—He cogido a una serpiente por la cola y no puedo dejarla escapar. ¿Se le ocurre alguna sugerencia? He evitado que le asesinaran pero, ¿cómo diablos voy a salir de aquí?

Había comenzado a preocuparse.

Después de meditarlo. Briskin contestó:

—Puedo llamar a la policía de Chicago...

—Olvídelo. No vendrían—observó Cravelli— no tienen jurisdicción aquí arriba; se ha comprobado cientos de veces: esto no forma parte de los Estados Unidos..., ni hablar, pues, de Chicago.

Briskin declaró:

—Está bien. Puedo enviar algunos voluntarios del partido para que le ayuden. Irán donde yo les diga. Tenemos algunos que vienen de enfrentarse con la gente de Engel en las calles; ellos sabrán qué hacer.

—Eso es más razonable—comentó Cravelli, aliviado.

Pero su estómago aún le estaba atormentando; apenas podía soportar el dolor y se preguntaba si habría algún modo de obtener un vaso de leche.

—La tensión me está venciendo—agregó—. Y no he podido cenar. Tendrán que venir muy pronto o, francamente, no resistiré. He pensado sacar a George Walt del satélite, pero temo no poder llegar hasta plataforma de despegue. Tendríamos que pasar través de demasiados empleados del Salón de los placeres.

—Está usted exactamente sobre Nueva York—informó Jim Briskin—. De modo que no llevará mucho tiempo mandarle la gente. ¿Cuántos quiere que vayan?

—Por lo menos un autobús completo. De hecho, todos los que pueda mandar. No querrá perder a su futuro secretario de Justicia, ¿verdad?

—No especialmente.

Briskin parecía tranquilo, pero sus negros ojos brillaban intensamente. Tirando con suavidad de su gran bigote, reflexionó sobre la situación.

—Creo que yo también iré—anunció.

—¿Por qué?

—Para asegurarme de que usted se salve.

—Como usted quiera—advirtió Tito—. Pero no se lo aconsejo. Las cosas están un poco peligrosas por aquí. ¿Conoce alguna muchacha del satélite que pueda guiarle hasta la oficina de George Walt?

—No—repuso Briskin y, al momento, cambiando de expresión, corrigió—: Aguarde. Conozco una. Hoy estaba aquí, en Chicago, pero tal vez haya vuelto subir.

—Es probable—opinó Cravelli—. Revolotean aquí para allá como luciérnagas. Corra el riesgo si le parece. Le veré luego. Y cuídese.

Dicho esto, colgó.

Cuando se disponía a subir al gran autobús a reacción, ocupado por voluntarios del partido republicano-liberal, Jim Briskin se encontró frente a dos rostros familiares.

—No puedes ir al satélite—le dijo Sal Heim, deteniéndole.

Patricia estaba detrás de él, visiblemente preocupada; llevaba un abrigo largo y temblaba de frío bajo el viento que llegaba de los lagos por la noche.

—Es muy peligroso —insistió Sal—. Conozco a George Walt mejor que tú, ¿recuerdas? Al fin y al cabo, fui yo quien te propuso que negociaras con ellos; pretendí que ésa fuera mi contribución.

Pat añadió:

—Si vas, Jim, no regresarás nunca de allí. Lo sé. Quédate aquí conmigo.

Se aferró a su brazo, pero Jim consiguió zafarse.

—Debo ir—le dijo—. Mi guardaespaldas está allí y debo salvarle; ha hecho mucho por mí, para no acudir en su ayuda.

—Yo iré en tu lugar —declaró Sal.

Bien mirado, era una buena oferta. No obstante Jim debía corresponder a Tito Cravelli por todo lo que había hecho; sea como fuere, debía encargarse de que Tito saliera sano y salvo del satélite Salón de los placeres.

—Gracias —respondió Jim—. Pero lo único que puedo ofrecerte es que vengas conmigo.

Lo había dicho en broma.

—De acuerdo. Iré contigo—afirmó Sal y, volviéndose a Pat, apuntó—: pero tú te quedas aquí abajo. Si regresamos, te veremos inmediatamente... y si no, nunca más. Vamos, Jim.

Subió los escalones del autobús, uniéndose a los que esperaban dentro.

—Cuídate mucho—rogó Pat a Jim.

—¿Qué te ha parecido mi discurso?—preguntó Jim.

—Estaba bañándome; sólo he escuchado una parte. Pero, aun así, creo que es el mejor que has pronunciado. Sal también lo cree, y él lo ha escuchado integro. Ahora comprende que ha cometido un lamentable error; debió haberse quedado a tu lado.

—Es una lástima que no lo haya hecho.

—¿No crees, después de todo, que es mejor tarde que...?

—Sí—dijo Jim—. Es mejor tarde que nunca.

Volviéndose, siguió a Sal, que entraba en el autobús.

Lo había dicho, pero no era cierto. Habían ocurrido demasiadas cosas; era demasiado tarde. El y Sal se habían separado para siempre. Y ambos lo sabían..., o más bien, lo temían. Y buscaban instintivamente un nuevo acercamiento, sin saber muy bien cómo lograrlo.

Cuando el autobús comenzó a girar,—ascendiendo vertiginosamente, Sal se inclinó hacia Jim y comentó:

—Te has desenvuelto magníficamente desde la última vez que te vi, Jim. Déjame felicitarte. No es ironía, sino todo lo contrario.

—Gracias—contestó brevemente Jim.

—Pero nunca me perdonarás que te hava presentado mi renuncia cuando lo hice, ¿no es cierto? No puedo culparte.

Sal permaneció en silencio.

—Podrías haber sido secretario de Estado—señaló Jim.

Sal hizo un gesto asintiendo.

—Así es la vida—se lamentó—. De todos modos espero que ganes, Jim. Sé que será así, después ese discurso; sin lugar a dudas, fue una obra de arte el prometer el oro y el moro a todo el mundo. Además hay que decir que serás un gran Presidente. Alguien de quien todos nos enorgulleceremos.

Sonrió cálidamente y luego preguntó:

—¿Te estoy dando la lata, Jim?

El satélite Salón de los placeres estaba frente a ellos; desde uno de los pechos que hacían las veces de plataforma, el pezón de luz rosada guió el descenso de la nave. Indudablemente era una invitación para

todos los que llegaban. El principio Yin se cumplía en el espacio, aumentando en proporciones cósmicas.

—Es increíble que George Walt puedan caminar —comentó Jim— unidos por la base del cráneo como están. Debe ser tremendamente incómodo.

—¿Qué quieres decir?—interrogó Sal, ahora tenso e irritado.

—Nada en especial—repuso Jim Briskin—. Parece lógico que uno de los hermanos hubiera

sacrificado al otro por motivos prácticos.

—¿Acaso los has visto alguna vez?

—No.

Jim ni siquiera había estado en el satélite.

—Es que están encariñados el uno con el otro —indicó Sal.

El autobús a reaccion comenzó a posarse sobre el campo de aterrizaje; el girar permanente del satélite provocaba un flujo magnético constante, suficiente para atraer hacia sí los objetos más pequeños.

Jim Briskin pensó:

"Es aquí donde hemos cometido nuestro error. Nunca debimos permitir que este lugar se volviera atractivo..., en ningún sentido."

No se mostraba muy ingenioso, pero era lo más sagaz que podía pensar en aquellas circunstancias.

"Tal vez Pat tuviera razón—se decía—. Tal vez yo, ni igualmente Sal Heim, no regresemos de este lugar."

Hubiera preferido pensar en cualquier otra cosa; el satélite Salón de los placeres no era precisamente el lugar que hubiera elegido para finalizar sus días.

"Es irónico —concluyó— venir aquí ahora, por primera vez, en este momento de mi vida."

Las puertas del autobús se deslizaron hacia atrás apenas la nave dejó de girar.

—Aquí estamos —dijo Sal, incorporándose con rapidez—. Vamos allá.

Junto a los voluntarios del partido, caminó hacia la entrada más cercana. Transcurrido un instante, Jim Briskin les siguió.

La hermosa morena desnuda que estaba de servicio en la entrada, sonrió, mostrando sus blanquísimos dientes y dijo:

—Sus billetes, por favor.

—Somos todos nuevos explicó Sal, sacando su billetera—. Pagaremos al contado.

—¿Hay algunas chicas en particular a las que queréis visitar?— preguntó la empleada, guardando el dinero en la caja registradora.

Jim Briskin indicó:

—Una chica llamada Sparkey Rivers.

—¿TODOS VOSOTROS?—exclamó la muchacha, parpadeando y encogiéndose de hombros luego, discretamente—. Está bien, caballeros. *De gustibus non disputandum est*. Puerta número tres. Id con cuidado y no os empujéis, por favor. Ella está en el cuarto 395.

Señaló hacia la puerta número tres y el grupo fue en esa dirección

Al otro lado de la puerta número tres, Jim Briskin vio largas filas de puertas doradas y resplandecientes; sobre algunas de ellas había luces encendidas y comprendió que en ese momento deberían estar desocupadas de clientes. Y, sobre cada puerta vio curiosas fotografías animadas de las muchachas que estaban dentro. Las fotografías les llamaban, intentaban atraerles o lloriqueaban mimosas, a medida que cada uno de ellos se acercaba buscando el cuarto 395.

—¡Hola, guapo!

—Ven, cariño...

—¿Cómo estás, tesoro?

—Date prisa, simpático... Te estoy esperando...

Sal Heim informó:

—Es por aquí. Pero no necesitas ir, Jim, yo puedo llevarte directamente a la oficina.

"¿Podré confiar en ti?", se preguntó Jim Briskin.

—Está bien—dijo. Y esperó no haberse equivocado.

—Por este ascensor—indicó Sal—. Aprieta el botón C.

Entraron en el ascensor— el resto del grupo le siguió, apretujándose tras ellos. Más de la mitad quedó fuera, en el corredor.

—Vosotros seguidnos—ordenó Sal—. Lo más rápido posible.

Jim oprimió el botón C y la puerta del ascensor se cerró silenciosamente.

—Me siento deprimido—comentó a Sal—. No se por qué.

—Es el lugar. No es para ti. Pero si fueras vendedor de corbatas, o vajillas de plata o pieles de insectos, te gustaría. Vendrías todos los días, si la salud te lo permitiera.

—No lo creo—opinó Jim—. No importa cuál fuera mi profesión.

El lugar iba en contra de su forma de ser, de todos sus principios éticos... y estéticos.

La puerta del ascensor se abrió suavemente.

Sal marchó con Jim delante del grupo, a través del silencioso pasillo alfombrado. Al entrar en el despacho, saludó neutralmente:

—Hola, George Walt.

Los dos mutantes estaban ante su gran escritorio de madera de cerezo, sentados en el ancho sillón especialmente construido para ellos. Uno de los cuerpos colgaba del otro como un saco fláccido y un ojo, marchito y vacío, miraba sin ver.

Con voz chillona, la cabeza gimió:

—Se está muriendo. Incluso creo que está muerto; usted sabe que está muerto.

El ojo activo miraba recriminando malignamente a Tito Cravelli, que, con su rifle láser en la mano, se hallaba al otro lado de la habitación. Una de las manos con vida sacudió con desespero el brazo inerte del otro cuerpo.

—¡Di algo!—exclamó histéricamente.

Con inmensa dificultad, el cuerpo ileso se puso en pie— entonces, su silencioso compañero chocó contra él. Con horror, George —¿o Walt?— apartó de sí el gravoso saco sin vida.

Un débil espasmo vital animó al saco colgante; no estaba del todo muerto. En el rostro de su hermano surgió una arrebatadora esperanza. De repente, la criatura se tambaleó de forma grotesca en dirección a la puerta.

—¡Corre!—gritó la cabeza, al tiempo que el cuerpo procuraba escapar torpemente—. ¡Aún puedes hacerlo!

La impetuosa criatura doble rodó sobre los sorprendidos voluntarios que estaban en la puerta, cayendo todos al suelo en un confuso montón; el mutante gritaba aterrado, luchando por quitarse de encima el cuerpo herido que le oprimía en medio del desorden.

Jim Briskin, al ver que George Walt asomaba cabeza, se zambulló para atraparle. Consiguió asir un brazo y tiró de él hacia arriba.

El brazo se separó del cuerpo.

Jim se quedó mirándolo, mientras George Walt saltaba sobre sus cuatro piernas, abalanzándose hacia el corredor.

Sin apartar su mirada, Jim alcanzó el brazo a Heim.

—Es artificial—dijo.

—Eso parece—asintió Sal, atónito.

Y, arrojando el brazo a un lado, se lanzó velozmente tras George Walt; Jim se unió a él y juntos persiguieron a los mutantes a través del corredor alfombrado. El organismo de tres brazos se movía con dificultad, con los dos cuerpos entrechocando y separándose continuamente. Al fin cayó al suelo con todos sus miembros extendidos y Sal se arrojó sobre el cuerpo derecho, cogiéndolo por la cintura.

El cuerpo íntegro quedó suelto: brazos, piernas y tronco. Pero sin la cabeza. El otro cuerpo—con la cabeza—, se las arregló de manera sorprender para levantarse y seguir corriendo.

George Walt no era un mutante, sino un individuo normalmente constituido. Jim Briskin y Sal Heim le vieron irse; acompañaba con sus brazos el vigoroso movimiento de sus piernas.

Después de una larga pausa, Jim dijo:

—Vamos..., larguémonos de aquí.

—Eso es—asintió Sal, volviéndose a mirar a los voluntarios del partido, que habían llegado tras ellos. Tito Cravelli salió de la oficina, con el rifle en la mano; vio el cuerpo que había sido parte de los mutantes y comprendió instintivamente, levantó su mirada cuando el gemelo restante desaparecía tras una esquina del corredor.

—Ya no podemos atraparlos—dijo—. Jamás.

—Atraparlo—corrigió mordazmente Sal Heim—. ¿Quién de los dos sería el sintético, George o Walt? ¿Por qué toda esta farsa? No lo entiendo.

—Uno de ellos debió morir hace mucho tiempo.

Sal y Jim le miraron intrigados.

—Seguro—afirmó Tito—. Lo que ha ocurrido hoy, debe haber pasado antes. Eran mutantes de nacimiento, de acuerdo; pero luego, uno de los cuerpos debió fallecer y el sobreviviente se hizo construir otra parte sintética. No hubiera podido subsistir solo, porque el cerebro... Bueno, habéis visto como estaba el sobreviviente; sufría de un modo horrible. Imaginad cómo estaría la primera vez cuando...

—Sin embargo, ha sobrevivido—subrayó Sal.

—Mejor para él—dijo Tito sin ironía—. Francamente, me alegro de que así fuera; lo merecía. Se arrodilló e inspeccionó el tronco.

—Me parece que éste es George—comentó—. Espero que puedan restaurarlo a tiempo.

Luego se puso de pie y añadió:

—Ahora, volvamos a la plataforma; quiero irme de aquí. Y después quiero un vaso de leche descremada caliente. Un vaso bien grande.

Seguidos por los voluntarios del partido, los tres hombres avanzaron en silencio hacia el ascensor. Nadie los detuvo. El corredor, por fortuna, estaba desierto. No había siquiera fotografías que tratar de atraerles con sus encantos.

Cuando llegaron de nuevo a Chicago, Patricia Heim estaba esperándoles.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, echándose en brazos de su marido—. ¿Qué ha pasado? Me parecía que tardabais muchísimo, pero no ha sido tanto; sólo habéis estado fuera una hora.

—Te lo contaré más tarde —dijo bruscamente Sal—. Ahora sólo quiero descansar.

—Creo que dejaré de pedir la clausura del Satélite de los placeres—anunció Jim de pronto.

—¿Qué?—preguntó Sal, perplejo.

—Creo que he sido demasiado rígido —dijo Jim—. Demasiado puritano. Preferiría no truncar su existencia: me parece que se la ha ganado.

Se sentía aturdido, incapaz de pensar en realidad en eso.

Lo que más le había impresionado, lo que le había hecho cambiar, no era la transformación de George Walt en dos entidades distintas, una artificial, otra genuina, sino la revelación de Lurton Sands sobre los numerosos bibs mutilados.

Había estado pensándolo, tratando de hallar una solución. Si se despertaba a los bibs mutilados, debería hacerse en último término. Y para ese momento tal vez hubiera suficientes órganos en el banco de la ONU. Pero había otra posibilidad en la que ese momento reparaba. La existencia conjunta de los hermanos George Walt probaba la funcionalidad de los órganos totalmente mecánicos. Jim Briskin en esto una esperanza para las víctimas de Lurton Sands. Posiblemente se pudiera llegar a un trato con George Walt; se les dejaría en paz a cambio de que ellos, revelaran el nombre del fabricante de sus altamente perfeccionados órganos artificiales. Era muy probable que se tratara de una firma de Alemania Occidental; tales organizaciones estaban adelantadas allí en esa clase de experimentos. También podía tratarse de ingenieros contratados exclusivamente por el satélite y que tuvieran residencia permanente en él. De todos modos, cuatrocientas vidas representaban una cantidad importante, y se justificaba cualquier esfuerzo por salvarlas "Incluso—decidió—, el de persuadir a George Walt."

~—Vayamos a tomar algo caliente—propuso Pat—. Estoy congelada.

Llave en mano, se dirigió hacia la puerta de la sede central del partido RL.

—Aquí podremos preparar un poco de café atóxico sintético.

Mientras esperaban que la cafetera se calentara, Tito sugirió:

—¿Por qué no deja que el satélite decaiga por si solo? Cuando comience la emigración, la demanda sus servicios será cada vez menor. Usted dejó entrever algo de eso en su discurso desde Chicago.

—Como tú bien sabes, yo ya he estado arriba otras veces—recordó Sal—. Y no he muerto. Tito también estado allí y tampoco ha muerto o se ha degenerado.

—Está bien, está bien —dijo Jim—. Si George Walt no se meten conmigo, yo haré lo mismo con ellos. Pero si siguen persiguiéndome o si no me ayudan en este asunto de la construcción de órganos artificiales entonces será necesario hacer algo. En cualquier caso, el bienestar de esos cuatrocientos bibs es lo principal.

—El café está listo —anunció Pat, comenzando a servirlo.

Después de sorber un trago, Sal Heim dijo:

—¡Qué bien sabe!

—Tienes razón —asintió Jim Briskin. En verdad, esa taza de café sintético atóxico caliente, debía ser (sólo los Cols de clase baja que vivían los dormitorios del Estado bebían café verdadero) exactamente lo que necesitaba. Le hizo sentir mucho mejor.

En noviembre, a pesar de las abusivas transmisiones de televisión enviadas desde el satélite Salón de los placeres, o tal vez a causa de las mismas, Briskin había conseguido sobrepasar la popularidad de Bill Schwarz y, por consiguiente, ganó las elecciones presidenciales.

De modo que, por fin, casi cien años más tarde de lo que se esperaba, Salisbury Heim podía decir "Los Estados Unidos tienen un Presidente negro. La nueva época del entendimiento humano ha comenzado al fin. O al menos confiemos en que así sea"

—Lo que necesitamos—dijo Patricia, pensativa, mientras ambos examinaban un duplicado de los últimos resultados del escrutinio—es celebrarlo con una fiesta.

—Estoy agotado para eso—repuso Sal—. Una cerveza, puede ser. Pero luego a casa, a dormir.

Fuera, una multitud de simpatizantes gritaba de alegría; el barullo se filtraba hasta el interior de la sede de la campaña. Sal Heim se dirigió hacia la ventana para observar.

"Un voto para Jim Briskin —pensó, recordando el lema de la campaña electoral—es un voto para la humanidad." Gastado ya y demasiado simplificado desde siempre, el lema encerraba en el fondo una verdad sustancial. De modo que, tal vez, sus riñas con Jim habían valido la pena.

Con sus grandes pies sobre el brazo del sofá, Danville dijo:

—Han sido mis espléndidos discursos los que te abierto el camino, Jim. ¿Cuál será mi recompensa ahora?—bromeó—. Estoy esperando.

—No hay nada en la Tierra que alcance a recompensar tal ayuda—respondió Jim Briskin, distraídamente.

—Míralo—dijo Danville a Dorothy Gill—. Ni siquiera ahora es feliz. Va a echar a perder la fiesta, Pat.

—¡Qué va! Jamás lo haría—aseguró Jim, incorporándose, con su mayor predisposición.

Después de todo, los demás tenían razón; aquél era el gran momento. Pero para él, en verdad, el gran momento histórico había comenzado a diluirse y desaparecer, era demasiado inaprehensible, estaba tejido demasiado sutilmente en la trama de la realidad cotidiana. Además, los problemas que le aguardaban hacían impedirle reparar en cualquier otra cosa. No obstante así debía ser.

Un guardia del Servicio Secreto se aproximó a él. —Señor Briskin—le dijo—. Hemos interceptado en el vestíbulo a un hombre que quiere hablar con él.

—Algún entusiasta—comentó Pat.

—Un asesino—exclamó Tito, buscando su arma en el bolsillo.

—No —afirmó el guardia—. Es un hombre que viene por negocios.

Jim abrió la puerta que daba al vestíbulo y miró hacia allí, intrigado. Tal como había asegurado guardia, no era un entusiasta ni un asesino. El hombre que esperaba para hablar con él, grueso e iba vestido con una antigua chaqueta, era Bruno Mini.

Extendiendo su mano, Mini expresó caluroso:

—Pues sí que me ha costado entrevistarme con usted, señor Presidente Electo. He tratado de conseguirlo a lo largo de toda su campaña.

Buscó en su alborotado portafolios y añadió ~

—Usted y yo tenemos una cantidad de negocios vitales que tratar, señor Ahora puedo revelarle que el planeta con el que he planeado comenzar, yhay duda de que para usted será una sorpresa, Urano. Tan al alcance de la mano como está y tan grande como es. Ahora bien; usted me preguntara ¿por qué?

—No—respondió Jim—. No le preguntó por qué.

Estaba resignado. Tarde o temprano, aun después del descubrimiento del mundo virgen, en el que habían comenzado a trabajar los primeros exploradores de Terran, Mini tenía que entrevistarse con él. A fin de cuentas, era casi un alivio. Tales cosas estaban ya predeterminadas en la vida; podía verlo con claridad en la cara rubicunda y excitada de Bruno Mini, y en sus ojos saltones.

—Permítame describirle las ventajas de Urano —expuso Mini, rebosante de alegría. Y comenzó a entregar a Jim un abrumador fárrago de documentos, que extraía incansablemente de su portafolio lo más rápido posible.

"Serán cuatro años difíciles—pensó Jim Brisk estoicamente—. ¿Cuatro? No me extrañaría que fueran ocho."

Tal como marcharon las cosas, tuvo razón. Fueron ocho años.

FIN